

LOS INTELLECTUALES FILOFASCISTAS Y LA «DEFENSA DE OCCIDENTE»

(Un ejemplo de la «crisis de la conciencia europea»
en Italia, Francia y España
durante el período de entreguerras)

Por EDUARDO GONZALEZ CALLEJA

SUMARIO

I. ITALIA: «PANFASCISMO» COMO FIN Y «ANTIEUROPA» COMO MEDIO.—II. FRANCIA: EL «EUROPEÍSMO» COMO PANACEA ANTIDEMOCRÁTICA.—III. ESPAÑA: EL «GENIO» HISPÁNICO COMO SÍNTESIS Y ENCRUCIJADA ENTRE ORIENTE Y OCCIDENTE.—IV. CONCLUSIÓN.

Pocas dudas caben a estas alturas sobre el carácter de encrucijada que tuvo la Primera Guerra Mundial para el mundo cultural europeo. Tras medio siglo de primacía casi incontestada, el positivismo y el cientifismo dejaron paso franco a una vigorosa respuesta irracionalista y vitalista que, con profundas raíces en la compleja crisis finisecular y con manifestaciones intelectuales no menos variadas, condujo, por ejemplo, al redescubrimiento de la dimensión religiosa por parte de figuras de la letras como Péguy, Chesterton o Unamuno; una toma de conciencia tradicionalista en Barrès o Maeztu; una huida hacia el esteticismo en Gidé o Valéry, o una mística de la acción en Lawrence, Saint-Exupéry o D'Annunzio. No menos decisivas fueron las mutaciones en el ámbito político interior y exterior, con el colapso de los grandes imperios autocráticos y el renacimiento de las nacionalidades en Europa central y oriental. Pero, sobre todo, con el surgimiento de la «amenaza revolucionaria bolchevique», la confirmación de Estados Unidos como potencia mundial y el empequeñecimiento del potencial imperialista de nuestro continente. Durante los años veinte y treinta, Europa hubo de resignarse a los continuos sobresaltos que proporcionaba un inestable *statu quo* continental cimentado en la

Paz de Versalles y garantizado de forma precaria por la Sociedad de Naciones, y a un variado conjunto de secuelas económicas, sociales y políticas del conflicto 1914-1918, entre las que no eran de menor importancia la crisis de reacomodación de la democracia liberal a las exigencias de participación de las masas —fenómeno expuesto de forma tan certera como inquietante por Ortega y Gasset en uno de los mayores *best sellers* de la época a escala europea—, y el surgimiento de alternativas políticas a este sistema considerado por muchos como caduco. Dichas opciones (en esencia, y simplificando enormemente, el comunismo bolchevique y el autoritarismo fascista) lograron, con su pretendida carga de «modernidad», el favor o la esperanza de un sector nada despreciable de las sociedades europeas, incluido parte del colectivo intelectual que —muy a pesar de las ásperas denuncias de «traición» presentadas por Julien Benda en otro ensayo polémico en su tiempo— transformó radicalmente sus hábitos de comportamiento colectivo y aceptó un *engagement* creciente en los conflictos político-ideológicos de la época, hasta llegar en ocasiones a la suprema deslealtad del colaboracionismo con el invasor extranjero.

Resulta notorio que para la intelectualidad de posguerra los orígenes y las consecuencias culturales del conflicto europeo fueron cuestiones tratadas con especial detenimiento y recurrencia. No es en absoluto casual que, en la misma época en que Jacques Maritain habla del *crépuscule de la civilisation*, Albert Demangeon de *Le déclin de l'Europe* (1920), Oswald Spengler de *Untergang des Abendlandes (La decadencia de Occidente, 1922)*, Nicolai Berdiaeff de *Una nueva Edad Media* (1924) y Daniel Halévy del *Déclin de la liberté*, hombres de convicciones tan diversas como Jules Romains, Julien Benda, Henri Massis, Pierre Drieu La Rochelle o Lucien Romieu en Francia; Johan Huizinga en los Países Bajos; Guglielmo Ferrero en Italia; José Ortega y Gasset en España; Ziegler o Keyserling en los países de lengua alemana, y Arthur Salter e Hilaire Belloc en Gran Bretaña, coincidan también en tratar el problema de la «crisis de la cultura occidental» como una cuestión candente y de vida o muerte para el futuro del continente. En la mayoría de los casos el diagnóstico —lastrado por un fuerte idealismo que ya supone todo un programa de intenciones— es idéntico: culminación de la decadencia espiritual de Europa y peligro de desaparición como entidad cultural diferenciada. También es destacable que dichos autores describan la decadencia europea con similares tintes sombríos y que sus conclusiones vayan dirigidas preferentemente a la búsqueda de instrumentos para organizar la defensa de la «cultura occidental» como paso previo para un «renacimiento» que pusiera de nuevo a la producción espiritual europea en el camino de la expansión universal.

Dentro de ese universo difícilmente delimitable de la intelectualidad filo-

fascista y la reaccionaria, esta «crisis de la conciencia europea» va a ser interpretada y manipulada en determinados casos con el fin de divulgar una concepción de Europa más espiritualista, intuicionista y pesimista, pero a la vez más elitista, aristocrática y autoritaria. Lo que nos interesará en esta exposición es discernir si dentro del discurso ideológico filofascista existe una o varias concepciones «europeístas» propias y específicas de dicha corriente intelectual, confrontables con las de otras ideologías puramente autoritarias; cuál es la naturaleza de esas formulaciones y si éstas difieren en esencia según las circunstancias políticas, ideológicas y culturales de cada fascismo nacional en concreto.

En pura teoría, el fascismo trató de presentarse como propuesta inconformista de crítica al *statu quo* europeo (a la «normalización» de la política internacional, sin tener en cuenta las reivindicaciones nacionales), representado por las consecuencias de la Paz de Versalles y el «espíritu de Ginebra». Pero también proclamó su hostilidad contra las pretendidas amenazas extrac Continentales de ese *statu quo* susceptible de rectificación: el revolucionarismo de Oriente (el internacionalismo proletario, destructor de la «comunidad nacional», pero poseedor de otra idea de Europa igualmente beligerante) y la invasión —no por pacífica menos inquietante— del materialismo ultracapitalista del otro lado del Atlántico. Como defensor de los pretendidos fundamentos de esa civilización europea en peligro, el fascismo fomentó la imagen de un sistema político «fuerte» que, al posibilitar la necesaria «revolución» espiritual del cuerpo nacional y la implantación social de los valores dinámicos y «modernos» de la juventud, mostraba su potencial regenerador a nivel interno, pero también la eficacia general de su fórmula política, que justificaba de este modo su vocación ecuménica. En las páginas que siguen trataremos de demostrar que esas justificaciones de universalismo (más en concreto, de «europeísmo») no fueron, ni mucho menos, inocentes, sino que respondieron sobre todo a premisas de interés político nacional. Pero éstas quedaron frustradas de diversa manera con el estallido de la Segunda Guerra Mundial y la implantación de un «nuevo orden» continental diseñado en exclusiva por el nacionalsocialismo alemán.

I. ITALIA: «PANFASCISMO» COMO FIN Y «ANTIEUROPA» COMO MEDIO

A partir de la consolidación del régimen en los años treinta, un sector de la intelectualidad fascista italiana va a emprender una intensa campaña de divulgación de un pretendido ideal «europeísta» marcado por una fuerte vo-

luntad revisionista (y, en ocasiones, con la declaración explícita de un afán de intervención y expansión) en lo exterior y un discurso espiritualista e historicista que tendía a la legitimación interna de la dictadura mussoliniana. Asvero Gravelli (uno de los autores fascistas italianos que más llamó la atención sobre la existencia de un «espíritu europeo», aún embrionario e indefinido, pero tendente a la unidad continental) observó en sus diversos ensayos la existencia de dos tendencias culturales que desgarraban la Europa de posguerra. Por un lado, el idealismo místico germano representado por Spengler, que consideraba irremisible la decadencia de Occidente y buscaba los motivos de supervivencia en la reconciliación entre Asia y Europa, a través de la comunión entre la filosofía alemana y el misticismo ruso, en un «complot antioccidental», también denunciado por Henri Massis en Francia años antes (1). Por otro lado, la reacción defensiva europea, defendida, entre otros, por el propio Massis, Cocteau, Chesterton, Valéry, etc., que proponían el restablecimiento en todos sus términos de la civilización occidental greco-latina (que Gravelli y otros autores italianos identificarían deliberadamente con «romanidad» cristiano-pagana) como síntesis del espíritu continental y premisa ideal de universalidad que permitiera el resurgimiento unitario de Europa como gran potencia mundial.

En opinión de Gravelli, la división de Europa en estas dos tendencias ideológico-culturales incompatibles (germanismo-eslavismo por un lado y civilización grecolatina de carácter cristiano por otro) se veía acentuada por la inexistencia de una verdadera alternativa de integración política que garantizase la supervivencia de la identidad Europea Occidental. En primer lugar, el europeísmo oficial representado por Ginebra aparecía vinculado al nuevo orden europeo de posguerra (percibido en numerosas ocasiones como una nueva Edad Media) (2); a la política egoísta del «divide y vencerás» francoinglés, responsable de la «Vittoria mutilata» (se critica sobre todo el pacifismo francés, fruto del miedo por perder las ventajas logradas en la Paz de Versalles); al proyecto de una «Fédération intellectuelle de l'Europe, et du monde sous l'égide de la France victorieuse, gardienne de la civilisation» (3), y a

(1) En otras ocasiones Gravelli asegura que el individualismo alemán se renueva y que «lo spirito della Germania attuale oscilla tra il misticismo slavo e la latinità» (ASVERO GRAVELLI: *Difesa dall'Europa e funzione antieuropea del fascismo*, Roma, Nuova Europa, Libreria Editrice, 1932-X, pág. 14). Sobre ideas similares en Massis, véase, *infra*, pág. 15.

(2) Véase MARIO DONOSTI: *Mussolini e l'Europa. La politica estera fascista*, Roma, Edizioni Leonardo, 1945, págs. 257-277.

(3) A. GRAVELLI: *Verso l'internazionale fascista*, 2.ª ed., Roma, Nuova Europa, Libreria Editrice, 1932-X, pág. 66. Otra obra suya de interés sobre la misma cuestión es *La marche de Rome et l'Europe*, Roma, Editrice «Antieuropa», 1930.

un imposible plan de convergencia eurasiática centrado en la integración de la Unión Soviética dentro del concierto continental. Especial censura mereció el «memorándum Briand» de septiembre de 1929, que proponía la creación de unos Estados Unidos de Europa en el seno de la Sociedad de Naciones. Se criticaba de este proyecto su pretensión de conservar las soberanías nacionales, asegurarse la cooperación de la cada vez más desacreditada organización ginebrina y no constituir una alternativa convincente en contra de los otros grandes agrupamientos étnicos liderados por Rusia y Estados Unidos. La alternativa de convergencia transatlántica quedaba igualmente condenada por su obediencia a la plutocracia internacional y su atracción por el modelo de civilización norteamericano, degenerado por el progreso mecánico y el antiespiritualismo. Por último, y como resulta evidente en un movimiento que siempre se presentó como alternativa «revolucionaria» al marxismo, nada cabía esperar de los «nuevos bárbaros» comunistas, que, blandiendo la doctrina del materialismo histórico, se preparaban a una nueva invasión asiática y ya estaban «alle porte dell'Occidente» (4).

El 1 de octubre de 1926 se celebró el I Congreso del Movimiento Paneuropeísta del conde Richard Coudenhove-Kalergi (1894-1972). Dicho movimiento publicaba desde 1923 la revista «Paneuropa», desde donde divulgó la tesis de que la desaparición de los grandes Imperios con la Gran Guerra y la Paz de Versalles habían compartimentado de forma irremediable un continente que debía ser recompuesto a partir de la idea de la existencia de una «conciencia europea» basada en la unidad geográfica, una comunidad de intereses y una afinidad racial. El carácter tenuemente «revisionista» de la propuesta, su anticomunismo y el énfasis puesto en lo inmaterial no podía menos que llamar la atención de unos intelectuales fascistas que propugnaban por esa época una vinculación europea bajo valores sorprendentemente similares. El propio Coudenhove-Kalergi declaró públicamente que el fascismo podría ser «paneuropeo» y colaborar con los Estados democráticos en la tan deseada unión continental. Gravelli y su grupo intelectual coincidían con el aristócrata austríaco en que Europa era, ante todo, una unidad geográfica y espiritual, pero consideraban que su esquema, platónico y culturalista, quedaba incompleto al fiar buena parte de su realización a la buena voluntad de las potencias democráticas (las obras de Gravelli se escriben al calor del fracaso del proyecto revisionista italiano sustanciado en el «Pacto a cuatro» propuesto por Mussolini en 1932-1933) y no prestar la suficiente atención a las realidades de orden nacional. Además, para Coudenhove-Kalergi, el eterno ideal paneuropeísta tenía su matriz en la civilización griega clásica, afirmación poco menos que

(4) A. GRAVELLI: *Difesa dall'Europa...*, 1932, pág. 15.

ofensiva para un fascismo italiano que tenía en la «latinidad» uno de sus mitos fundadores y movilizadores por excelencia (5). Se consideraba, en suma, que los principios paneuropeos eran demasiado vagos y carentes de fe, fuerza y tradición para poder realizarse. Pero con su reivindicación de la acción concertada de orden material y espiritual, Coudehove-Kalergi era «il primo che, ricercando forme così dette “idealistiche” e “materialistiche” per arrivare agli Stati Uniti d’Europa, costituisce con la sua azione un equivoco per la marcia dell’idea universale del Fascismo in Europa e per la creazione di una unità europea avente come base Stati organizzati fascisticamente» (6). La ambigüedad y el sincretismo de un programa teñido de espiritualismo —caracteres tan afines, por otra parte, al discurso mussoliniano— eran las grandes bazas propagandísticas del paneuropeísmo, y esto le convertía en un serio competidor del «universalismo» fascista en su aspiración a la hegemonía ideológico-política de Europa. Pero desde Roma se aseguraba con optimismo que, vista la tensión en el continente, «il prolungarsi della situazione attuale, invece di dare vita al paneuropeismo, prepara la formazione di un fronte rivoluzionario con tutti i caratteri di una internazionale fascista» (7). El sueño de unos Estados Unidos de Europa impregnados de un democratismo espiritualista respetuoso con el progreso técnico y científico parecía dejar paso en los años treinta a un nuevo impulso autoritario, nacionalista y xenófobo que, con todo, sólo iba a beneficiar a la expansión del fascismo italiano de forma muy limitada.

La propuesta de los intelectuales «europeístas» liderados por Gravelli se basó en tres premisas teóricas fundamentales. En primer lugar, la *idea imperial de Roma* como alma y último recurso de la humanidad occidental, cimentada culturalmente en la tradición mediterránea. Roma, «madre común a todas las gentes occidentales», realizó la unidad material y espiritual del continente: la política, a través del Imperio; la religiosa, con la vinculación del cristianismo con la romanidad, y la jurídica, con la difusión de las ideas de orden, autoridad y justicia. La universalidad de Roma trató de ser demostrada desde todos los sesgos como un recorrido historicista que desembocaba necesariamente en el

(5) *Gli errori del paneuropeismo*, en A. GRAVELLI: *Panfascismo*, Roma, Casa Editrice Nuova Europa, 1935-XIII, págs. 221-240. La unión de Estados libres e iguales propuesta por el Movimiento Paneuropa (que celebró una nueva reunión en Viena el 24 de noviembre de 1934) se ve con sumo escepticismo desde el sesgo fascista. Véase, por ejemplo, FLORENTINO POGGI: *Paneuropa, Antieuropa ed Unione degli stati europei*, en GRUPO UNIVERSITARIO FASCISTA NOVARA: *Dieci Conferenze (II ciclo-anno IX)*, Novara, Stabilimento Tipografico E. Cattaneo, 1931, págs. 215-253.

(6) *Dall’Antieuropa all’Internazionale fascista*, en GRAVELLI: *op. cit.*, 1935, pág. 19.

(7) GRAVELLI: *Verso l’internazionale fascista*, 1932, págs. 21-22 y 24.

fascismo. El mismo Mussolini aseguró que Roma siempre había actuado como mediadora y equilibradora de ideas entre Oriente y Occidente: la primera, tras la guerra sannita; la segunda, cuando San Pablo se dijo romano, y la tercera, con el Renacimiento. La cuarta, naturalmente, era su propio régimen (8).

La «Roma eterna» forjó, por tanto, la idea y los valores de la *civiltà* occidental. Un concepto que se vinculó tras la Revolución francesa a las ideas de progreso, materialismo, egoísmo, individualismo y antiespiritualismo propias de la doctrina demoliberal (9). Esta prostitución del mito clásico condujo a una disgregación de Europa en realidades nacionales contrapuestas que, en último término, llevaron a la Gran Guerra y a la crisis de la civilización continental, evidenciada por la tendencia al vacío del hombre europeo de posguerra, considerado por el fascismo como débil, sensualista y decadente. Ahí entra en juego un segundo factor «europeísta»: el *fascismo como concepto revitalizador y unificador mediante unos pretendidos valores espiritualistas* que podían ser aplicados a toda Europa. El fascismo se autoconsideraba como un centro de idealidad en el corazón del continente; un paso decisivo de renovación espiritual impulsada por jóvenes inconformistas, cuya acción violenta (comparada con la sangre nueva que los pueblos bárbaros aportaron al caduco Imperio romano) estimularía a los pueblos de Occidente, establecería la renovación de la intranquila Europa y revitalizaría el nombre de Roma (10). Esta concepción idealista del fascismo trató de ser vinculada con la tradición cristiana. Gravelli negó en repetidas ocasiones la concepción crítica que identificaba su «Antieuropa» con anticristianismo, y que basaba en exclusiva la mitología de la doctrina y el régimen fascista en la romanidad pagana. Según

(8) Esta «universalidad» aparece vinculada con Roma a través de las varias alternativas ecuménicas emprendidas en su historia: el Imperio romano antiguo, el catolicismo medieval, el Renacimiento en la Edad Moderna y el fascismo en la Contemporánea. Con todo ello se pretende justificar hechos como la invasión de Etiopía como parte de una pretendida misión civilizadora italiana en el concierto universal. Véase el folleto de CARMELO RAPICAVOLI: *Roma. La missione universale di Roma*, Bolonia, Edizioni Nuova Guardia, 1936-XIV. Escritores como Gianni Poletti afirman que «il Fascismo rivendica all'Italia la tradizionale e storica funzione civilizzatrice della razza mediterranea nel mondo». Una raza mediterránea uniforme y caracterizada por su individualismo como conciencia del yo. Dicha raza habría tenido cuatro grandes momentos de esplendor clásico: Micenas, Atenas, Roma y la actual Italia fascista (GIANNI POLETTI: *Il Fascismo è il quarto rinascimento della civiltà mediterranea*, Milán, Edizioni del Gruppo Universitario Fascista e Istituto Fascista di Cultura, 1932-X, págs. 5-6).

(9) *L'idea «Roma»*, en GRAVELLI: *op. cit.*, 1935, págs. 106-109.

(10) GRAVELLI: *Difesa dall'Europa...*, 1932, págs. 8, 25 y 32. De este modo, Roma, «centro del Fascismo universale è ancora una volta la metropoli eterna degli spiriti» (G. ARRES, en «Ottobre», núm. 28, 1924-II).

este autor, la Iglesia se acerca al fascismo y lo legitima: «Si va verso una unità religiosa europea. E' innegabile che la civiltà dei popoli europei deriva dall'Italia: tale civiltà è sempre cattolica nella sua origine» (11). Esta creciente identificación fascismo = nuevo catolicismo no sólo queda demostrada por las excelentes relaciones con el Vaticano (sustanciadas en la «normalización» secuela del Pacto de Letrán de 11 de febrero de 1929), sino también por el supuesto carácter espiritual del fascismo, que siempre consideró la política con una especie de veneración religiosa. En consecuencia, «un principio di unione europea, la redenzione futura di una gente non può uscire che da un organismo dottrinale e gerarchico, che da una unità spirituale» (12). Es decir, el fascismo actúa como una nueva fe («L'epoca attuale va alla ricerca d'una fede —afirma Gravelli—: noi daremo questa fede alla nostra epoca e all'Europa di domani») (13) y como una nueva Iglesia heredera legítima del ecumenismo católico.

El fascismo italiano no cesó de proclamar que la crisis del siglo era un conflicto doctrinal, y presentó la búsqueda de la unidad como idea-fuerza básica en su discurso de cara al exterior. Contrariamente a otros movimientos de convergencia continental considerados como caducos, el fascismo se presentaba como la idea europea «moderna» por excelencia, gracias a la perfecta unión de pensamiento y acción. En opinión de Gravelli, Italia había conseguido armonizar la idea unificadora clásica de nación madre y creadora, destinada a reinar perpetuamente sobre los espíritus (14) con una doctrina «renovadora» que podía ser difundida —e incluso impuesta— gracias a un jefe, una jerarquía disciplinada y una propuesta de vida progresiva y dinámica. Este nuevo instrumento político pretendía realizar una revolución ideológica que superase y, en cierto modo, culminase la revolución liberal decimonónica (la crítica constante del legado de la Revolución francesa fue una de las constantes de una cierta ideología fascista), utilizando, eso sí, unos métodos similares de expansión continental. Por el momento, «Noi potremo essere gli enciclopedisti di una futura rivoluzione europea; il dramma rivoluzionario dell'Europa avrà i suoi nuovi e futuri aspetti e noi profitteremo dei nostri istinti di moderni antichi per indicare l'avvenire» (15). Esta concepción de la «revolución per-

(11) GRAVELLI: *Difesa dall'Europa...*, 1932, pág. 32.

(12) *Ibidem*, pág. 38.

(13) GRAVELLI: *Verso l'internazionale fascista*, 1932, pág. 18.

(14) GRAVELLI: *Difesa dall'Europa...*, 1932, pág. 45.

(15) GRAVELLI: *Verso l'internazionale fascista*, 1932, pág. 17. Entre sus objetivos revolucionarios, el fascismo pretende «riportare l'Europa alla idea universale di Roma per diffendere e sempre più rafforzare la civiltà occidentale del mondo» (*Il fascismo propugnacolo dell'Europa*, en BIAGIO GINNARI: *Il fascismo in difesa dell'Europa*, Nápoles, Libreria Detken & Rocholl, 1929, pág. 133).

manente» de sentido fascista como un necesario complemento y profundización de la revolución liberal del siglo anterior fue, junto con el romano clásico, otro de los mitos que acreditaron su supuesto carácter exportable.

La más importante necesidad del fascismo «europeísta» fue marcar desde el primer momento sus diferencias con las propuestas «unitaristas» alternativas. En sus escritos, Gravelli y otros autores no cesaron de enunciar otra característica esencial de la voluntad de construcción europea que anidaba en el fascismo: su *carácter paradójicamente antieuropeo*, entendido éste como un proyecto unificador alternativo que era una antítesis neta de la antigua correlación de fuerzas continental y de las concepciones unitaristas de talante demoliberal o marxista. Para Mussolini, las ideologías que debilitaban el organismo de Occidente eran «liberalismo, democracia, socialismo» (16). Desarrollando esta idea, se adujo que Italia había logrado su unidad espiritual y nacional en contra del europeísmo liberal francés, y su «renacimiento» en sentido fascista se había forjado también en el combate contra el internacionalismo bolchevique. Así, pues, el «antieuropeísmo» fascista representaba una reacción contra las ya agotadas ideas de unificación europea centradas en el comunismo y la democracia: «Perchè Roma ha la sua voce, eterna ed infallibile, che indirizza le genti sulla strada maestra de la civiltà, ugualmente lontana dalle due oposte concezioni estreme: la liberale e la comunista» (17). A la crisis de los grandes reagrupamientos europeos de preguerra (Triple Entente y Triple Alianza) había sucedido el más marcado individualismo en la conducta política de las grandes potencias. En esta época de confusión y enfrentamiento, «sarà fatale e necessario che una Nazione europea sia destinata a elaborare ed attuare gli elementi etici e politici e civili del nuovo sistema europeo, del nuovo sistema mondiale. E allora l'antagonismo fra Oriente e Occidente si trasformerà, come per un prodigio, nella fiamma di una nouva civiltà umana (...). Ecco la vera potenza creatrice dell'azione e della dottrina fascista» (18). En esta tensión ciclópea entre ambos extremos de Europa, el sincretismo fascista (revolución y tradición; nacionalismo e internacionalismo; individualismo espiritualista y estatismo) aparecía como la única fórmula de convergencia posible.

Este espiritualismo antieuropeo —simbolizado en el lema «¿Europa? ¿Eurasia? No, Roma» (19)— se fundamentaba, como vemos, en unas referencias

(16) HENRI MASSIS: *Quand Mussolini n'est pas devant la foule*, en 1933, I-XI-1933.

(17) POLETTI: *op. cit.*, 1932, pág. 15.

(18) Prefacio de EUGENIO COSELSCHI a *Universalità del fascismo. Raccolta di giudizi di personalità e della stampa di tutto il mondo, 1922-1932. Pubblicazioni della Lega di Roma*, Florencia, Vallecchi Editore, 1933-XI, pág. 12.

(19) GRAVELLI: *Difesa dall'Europa...*, 1932, pág. 8.

historicistas centradas en la vinculación del fascismo con la tradición imperial romana y el ecumenismo católico («Antieuropa, dunque, Contro-europa per la salvazione dell'occidente latino e cattolico») (20); en la activa intervención en los problemas presentes de Europa (sobre todo en la exigencia de una revisión de los tratados y del sistema de potencias continental), y en el convencimiento de que el modelo «revolucionario» fascista podía ser un eficaz mito de exportación a escala continental en un futuro no lejano, mediante una labor de propaganda que fomentase la «unión espiritual» de todos los europeos y la coordinación desde Roma de los diversos movimientos fascistas, antidemocráticos, antimasonicos, anticomunistas y antiparlamentarios (21).

En último término, los propagandistas del fascismo italiano eran conscientes de que su pretendido «europeísmo» —o «antieuropeísmo», con todo el significado inconformista de raíz futurista que encierra el vocablo— no encerraba otro contenido ni otro fin que la expansión imperialista de la ideología y de la influencia política fascista por buena parte del continente. Así como el fascio había unificado a escala nacional todas las fuerzas productivas del país, ahora se proponía adoptar esta misma estrategia unificadora a escala más vasta. Este convencimiento de la capacidad de difusión del fascismo como nuevo ideal «europeo» fue proclamado por Mussolini (que en el pasado había afirmado que el fascismo era un fenómeno específicamente italiano y no un artículo de exportación) en su discurso conmemorativo del octavo aniversario de la «Marcha sobre Roma»:

Oggi io affermo che il Fascismo in quanto idea, dottrina, realizzazione, è universale, italiano nei suoi particolari istituti, esso è universale per la sua stessa natura. Si pu quindi prevedere una Europa fascista, una Europa che ispiri le sue istituzioni alle dottrine e alla pratica del Fascismo. Una Europa cioè che risolva, in senso fascista, il problema dello Stato moderno, dello Stato del xx secolo, ben diverso dagli Stati che esistevano prima del 1789 e che si formarono dopo. Il Fascismo oggi risponde ad esigenze di carattere universale, esso risolve infatti il triplice problema dei rapporti fra Stato e individuo, fra Stato e gruppi, fra gruppi e gruppi organizzati (22).

(20) *Ibidem*, pág. 45.

(21) GRAVELLI: *Verso l'internazionale fascista*, 1932, pág. 92.

(22) BENITO MUSSOLINI: Discurso de 27-X-1930, en *Opera Omnia*, recopilada por E. y D. Sumsel, Florencia, 1943-XXI, vol. VII, pág. 230, cit. por STUART J. WOOLF: *L'epoca della reazione: fascismo e nazismo*, Florencia, Le Monnier, 1978, pág. 89. El 25-X-1932 Mussolini afirmó en Milán que «en diez años Europa será fascista o fascistizada» (cit. por PIERRE MILZA: *Le fascisme italien, 1919-1945*, París, Éditions du Seuil, 1980, pág. 322. Para Mussolini, las ideologías que debilitan el organismo de Occidente son «liberalismo, democracia, socialismo» (MASSIS: *op. cit.*, 1-XI-1933).

A la altura de 1933, Mussolini se sentía fuerte en su posición y preveía un espectacular contagio del fenómeno fascista a escala europea. Tras la celebración del «Decennale» y hasta la invasión de Etiopía en octubre de 1935, el régimen fascista aprovecharía la «buena prensa» que Italia gozaba entre los sectores de la derecha occidental para incrementar su esfuerzo de propaganda. La condena del antisemitismo y del racismo; la defensa de la Europa cristiana contra el comunismo y el nazismo ateos y la divulgación del corporativismo como la solución idónea a la crisis económica fueron factores que proporcionaron al fascismo una imagen moderada y «respetable» frente a los desbordamientos demagógicos del nazismo. Tanto más cuanto Mussolini había mantenido una política de desgermanización en el Alto Adigio desde marzo de 1923 y participaba activamente en el «frente de Stresa» (acuerdo previo de septiembre de 1934 y pacto con Francia y Gran Bretaña de 11-14 de abril de 1935), que condenaba el rearme alemán y trataba de poner dique a sus tentaciones revisionistas en Austria (23). Aprovechando vientos tan favorables, el régimen no cesó de destacar con profusión de medios la unidad y la universalidad del fascismo «nella formazione di uno Stato nuovo, che, superando il liberalismo, la democrazia e il socialismo, si afferma come un nuova norma generale di vita» (24). Por esas fechas, Gravelli no tenía reparos en afirmar que la «revolución fascista» es «il tipo di una nuova civiltà: questa civiltà racchiude in sè elementi capaci d'influenza universale» (25), y que el movimiento antieuropeísta «è l'avanguardia del Fascismo europeo. Suo compito è quello di aggruppare i migliori elementi in Europa, incarnare le esperienze del Fascismo, alimentare lo spirito rivoluzionario fascista, stabilire la devozione alla causa della dittatura europea» (26). Con ello el «antieuropeísmo» gravelliano se conformó como el primer paso para la «exportación» del fascismo, para la creación de una «internazionale fascista» que sólo tomaría forma definida «quando i tradizionalismi e gli stati nazionali stranieri troveranno l'unico loro valido scampo dietro le insegne della rivoluzione fascista italiana» (27). El primer paso sería una vaga «internazionale dei nazionalismi» (excluyendo conservadurismos nacionalistas recalcitrantes o nacionalismos racistas), opuesta a la tradicional doctrina internacionalista seŕtaria, agnóstica, individualista, procedente de la Revolución francesa. Esta «hermandad» nacionalista resultaba vagamente similar a las ideas de «Joven Europa» formu-

(23) PHILIPPE BURRIN: *La dérive fasciste. Doriot, Déat, Bergery, 1933-1945*, París, Éds. du Seuil, 1986, pág. 68.

(24) Prefacio de E. COSELSCHI: *op. cit.*, 1933, pág. 7.

(25) GRAVELLI: *Verso l'internazionale fascista*, 1932, pág. 16.

(26) *Ibidem*, pág. 52.

(27) *Ibidem*, págs. 225-226.

ladas por Mazzini el 15 de abril de 1834, en las que el reconocimiento de la paridad jurídica de las especificidades nacionales no impedían su vocación de unidad en una voluntad común (28). En la «hermandad» nacionalista se dejaría libertad de acción para cada grupo, pero gracias a la labor coordinadora del colectivo político-intelectual italiano de «Antieuropa» se establecería «l'inizio di un effettivo movimento europeo di azione fascista». La acción «antieuropea» la debería realizar cada fascismo nacional y continuaría en una medida más universal con la unión de los diferentes movimientos en una «alleanza internazionale fascista» que sería «la forma superiore per la organizzazione delle giovani forze fasciste europee. La tattica di azione del Fascismo è uno strumento nelle mani della giovinezza europea» (29). Esta «internacional» no se concebía como un movimiento de masas, sino de organizaciones nacionales: «E, contrariamente all'Internazionale socialista o a quella comunista che significavano l'unione del proletariato per la lotta sociale, la nostra internazionale sarà un organismo che creerà l'intesa, la collaborazione e la solidarietà nel campo economico, politico e sociale in Europa. Quindi non unione di classi, ma unione di popoli» (30). La «internacional fascista» europea, que no negaría la especificidad de los caracteres nacionales, reconocía a Europa una misión específica en el mundo y entre las razas blancas (31) y defendía un tipo de civilización que impondría al mundo unos valores impregnados de imperialismo y de antipacifismo. En suma, se trataba de transformar —o más bien de sublimar— la tradicional rivalidad nacionalista intraeuropea en una verdadera lucha expansionista a escala transcontinental.

Sin embargo, no parece que el «panfascismo» fuera considerado por sus mismos formuladores como un modelo aplicable al conjunto de la realidad europea. Debían dejarse al margen del proceso a los Estados de Europa

(28) En realidad, el nacionalismo mazziniano tenía no pocos puntos de vinculación con el fascismo: su ideario antiliberal y la idea de formación nacional, basada en la unidad social interclasista gracias al asociacionismo cooperativo y en la unidad moral gracias al desarrollo de una religión nacional laica (BURRIN: *op. cit.*, 1986, pág. 23).

(29) GRAVELLI: *Verso l'internazionale fascista*, 1932, págs. 241-242. Entre sus actividades estaría la acentuación de las relaciones entre las diferentes juventudes (*circolazione di gioventù*) mediante viajes.

(30) GRAVELLI: *op. cit.*, 1935, págs. 53-54. Un ejemplo de este renovado interés por el espíritu nacionalista es la atención prestada al plan de «Kleineuropa» formulado por el barón Von Holleben-Arzley, proyecto de coalición de Estados europeos que renovaría la Triple Alianza (Italia, Alemania y Austria-Hungría) en sentido fascista, contra el internacionalismo liberal (la «paneuropa» de los grandes negocios financieros) y marxista (la revolución proletaria).

(31) *Dall'Antieuropa all'Internazionale fascista*, en GRAVELLI: *op. cit.*, 1935, pág. 33. La similitud de estas ideas con el concepto de «Europa de las patrias» reivindicado por la extrema derecha actual resulta evidente. Volveremos a ello al final de nuestra exposición.

Oriental con una tenue o inexistente tradición cultural latina, y a Francia, la gran rival estratégica de Italia en el Mediterráneo y el más importante reducto continental del demoliberalismo: «Bisogna per limitare allora l'unione agli Stati che rappresentano lo spirito europeo specifico: escludere dunque la Francia, formante un complesso politico a sé con le sue colonie; escludere la Russia comunista ed asiatica, escludere gli Stati dell'Oriente europeo ancora impregnati di mentalità musulmana. Ed a questa piccola Europa che rimane, egli dice que si potrebbe giungere solo per decisioni di governi dittatoriali, giammai invece attraverso voti parlamentari» (32). La Italia fascista trataba de presentarse como el único punto de referencia estable y pacificador del continente, ante la terquedad de Francia por cumplir los acuerdos de Versalles en su integridad, el giro de Rusia hacia Oriente, el crónico marasmo alemán y el «espléndido aislamiento» británico, volcado casi en exclusiva a sus intereses coloniales. De ahí que, hasta la aparición del poderoso competidor nazi, se hable de la factibilidad de constituir un bloque de pequeños Estados autoritarios capitaneados por Italia, como, en efecto, el régimen de Mussolini trató de conseguir en Centroeuropa y los Balcanes en detrimento de la «Petite Entente» desde su viraje «revisionista» de 1926. El «panfascismo» se contemplaba como el último estímulo posible para la regeneración europea y como una postrera apuesta pacifista contra la amenaza revolucionaria comunista: «Ma potrà l'Europa rinunciare al suo patrimonio ideologico, al sistema politico da cui sino ad oggi è stata dominata, alle sue tradizioni ed alla sua civiltà, e non continuare la lotta, sino alle estreme conseguenze contro un fenomeno sociale che è tutto estraneo alla sua millenaria educazione? O non sarebbe meglio, frenando i singoli egoismi, le mire di egemonia che sollecitano il furore bellico di alcuni popoli, e le smodate ambizioni di altri, riunire in fascio le energie europee per la energica difesa della civiltà occidentale contro l'aggressività sempre più travolgente dei popoli orientali?» (33). El «panfascismo» aparecía así como alternativa pacifista, pero también como recurso contrarrevolucionario que podía ser impuesto incluso por la fuerza: «Dinanzi ad una Europa in decadenza, l'Italia ha il dovere dell'intervento anche con la forza, onde risollevere le sorti del nostro continente, altrimenti l'Europa dovrà piegare i ginocchi dinanzi a nuove forze moderne e barbare che avanzano» (34).

¿Cuáles son los instrumentos elegidos para la difusión de este «antieuropeísmo» fascista? La estrategia predominante queda meridianamente clara:

(32) GRAVELLI: *Verso l'internazionale fascista*, 1932, pág. 72.

(33) *L'Oriente contro l'Occidente*, en GRAVELLI: *op. cit.*, 1929, págs. 87-88.

(34) GRAVELLI: *Verso l'internazionale fascista*, 1932, págs. 55-56.

«Svolgeremo incessante opera di propaganda, giungendo ovunque esista un intellettuale: faremo svolgere allo spirito la funzione che gli spetta. Attraverso circoli antieuropei stabiliremo un contatto permanente con le elite europee e mondiali. L'Unione internazionale fascista sarà un fatto spontaneo e progressivo» (35). Esta labor progagandística (dirigida preferentemente a los líderes y militantes de los varios movimientos fascistas europeos, estudiantes y periodistas) se llevaba a cabo a través de numerosas instancias y organizaciones de carácter oficial y semioficial: el Sottosegretariato per la Stampa e Propaganda regentado por Galeazzo Ciano, posterior director del «Miniculpop» desde 1934 hasta su llegada al Ministero degli Affari Esteri; publicaciones como «Antieuropa», «Ottobre» y «Roma Universa»; el Ufficio per Informazioni Fasciste agli Stranieri; el Istituto Universale per gli Studi Corporativi; la Lega d'Azione Universale Corporativa; l'Azione Internazionale dei Nazionalismi (que celebró una reunión en el Congreso de Berlín de diciembre de 1934); «Giovane Europa» (asociación de carácter informativo cultural y europeo, que, sin ocuparse de cuestiones políticas internas, difundía justificaciones de la dictadura como una idea moderna), y los Comitati d'Azione per l'Universalità di Roma (CAUR), grupos de apoyo de los intelectuales extranjeros a la idea actualizada de la civilización romana. Organizado al estilo de la Alliance Française, su sede central era el Istituto per l'Universalità di Roma, radicado en la Ciudad Eterna. Algunos de sus miembros habían intervenido en la Unión Paneuropea, y disponía de gran número de personal, organizaciones de tipo nacional (la española fue regentada por Ernesto Giménez Caballero), revistas en varias lenguas y un Ufficio Stampa, amén de posibilidades organizativas y presupuestarias para convocar reuniones de carácter científico-cultural como el Congreso Volta de 1933 (36) o «adunate» de líderes e

(35) *Ibidem*, págs. 244-245: Sobre la difusión hacia el exterior de las ideas «panfascistas», véanse *La necessità di una efficace propaganda y Tattica propagandistica*, en GRAVELLI: *op. cit.*, 1935, págs. 343-357 y 361-369, respectivamente. En el artículo *Obbiettivi internazionali e loro raggiungimento (ibidem, págs. 373-382)* se busca la gradual fascistización de Europa, la introducción del sistema corporativo y la creación de organismos internacionales para la solución de los problemas europeos.

(36) Según relata Giménez Caballero en el órgano del incipiente fascismo español, el Congreso Volta «significó el primer ensayo magnífico de centrar en Roma las riendas —perdidas— de la paz y unidad de Europa. Acudieron los más destacados pensadores europeos a este Congreso. Sus conclusiones no tardaron en ser accionadas por el Duce: el Pacto de los Cuatro (...) corroboración política de lo que, en ideales había sido el Convenio Volta. La vieja y soberbia Europa de la Reforma, de los Principios del 89 —la que traicionara a Europa hace siglos— abandona por vez primera su Bizancio de Ginebra para acceder a la sede romana y resolver la paz y salud de Europa» (ERNESTO GIMÉNEZ CABALLERO: *Vida fascista. Política exterior del año XI*, en *FE* núm. 1, Madrid, 7-XII-1933, pág. 4. Véase también su obra *La nueva catolicidad*, de la que hablaremos más adelante).

intelectuales fascistas como la celebrada en Montreux (Suiza) en diciembre de 1934. Al final de esta última reunión, el director del Istituto per l'Universalità di Roma, el general Eugenio Coselschi, propuso la creación de una Comisión permanente del «fascismo universal» que sentara las bases para una futura «internacional fascista» (37). Con tal objetivo se celebró en París una nueva reunión de los CAUR a finales de enero de 1935; pero estos ambiciosos proyectos quedaron en letra muerta cuando Mussolini, desacreditado internacionalmente con el *affaire* de Etiopía y la ruptura del «frente de Stresa», optó pura y simplemente por el incremento de la financiación económica a los diversos grupos filofascistas europeos, que ya habían iniciado años atrás con las «Heimwehren» austríacas. Sin embargo, los grupos beneficiados (Falange Española, British Union of Fascists, «neosocialistas» franceses de Marcel Déat, PPF de Doriot, etc.) eran políticamente tan insignificantes que no pudieron por sí mismos volcar a la opinión pública de sus países en favor de Italia y mucho menos movilizarla en pro de un objetivo tan desdibujado como el «panfascismo».

Como piensa un especialista en la actuación del fascismo italiano en Europa Oriental, «nos podemos preguntar en este punto si la "Europa por encima de las naciones" hubiese significado igualdad entre las potencias y los partidos fascistas, o su comunión y unidad, o el nacimiento de una internacional negra» (38). Más cierto es que el «antieuropeísmo» «panfascista» italiano sirvió al Duce como un instrumento propagandístico de rango puramente secundario en su estrategia de acción exterior: en la Europa Occidental y en las colonias italianas extraeuropeas, como elemento retórico de proselitismo restringido, aunque en países como Francia y España, actuó también como elemento perturbador en el debate ideológico fascismo/antifascismo que envenenaba la convivencia democrática de estos dos rivales en la hegemonía mediterránea. Pero en los Balcanes esta imagen «europeísta» quedó eclipsada por la más ruda mística de un Imperio impuesto por las armas, y en el conjunto de la Europa Centro-Oriental hubo de competir en condiciones de manifiesta inferioridad con la práctica (más que con la idea) del «nuevo orden» nacional-socialista. Aunque entre 1936 y 1939 se consumó el acercamiento germano-italiano iniciado en el Eje Roma-Berlín el 1 de noviembre de 1936, la mayoría

(37) Veterano de la Gran Guerra y «legionario» d'annunziano en la aventura del Fiume, Coselschi visitaba las sedes del CAUR por Europa conectando con políticos, periodistas, hombres de negocios, etc. Sobre este embrión de internacional fascista véanse MILZA: *op. cit.*, 1980, págs. 321-326, y M. A. LEDEEN: *Universal Fascism*, Nueva York, 1972 (ed. italiana bajo el título *L'Internazionale fascista*, Roma-Bari, Ed. Laterza, 1973).

(38) J. W. BOREJSZA: *Il fascismo e l'Europa Orientale. Dalla propaganda all'aggressione*, Roma-Bari, Ed. Laterza, 1981, págs. 4-5.

de los movimientos fascistas europeos entraron en la órbita nazi. El creciente acuerdo con la Alemania de Hitler (Pacto Antikomintern, 6-XI-1937; retirada italiana de la Sociedad de Naciones, 11-XII-1937; Pacto de Acero, 22-V-1939), con su corolario de reparto tácito de Europa Central y Oriental para Alemania y los Balcanes y el Mediterráneo para Italia, no trajo consigo, ni mucho menos, la armonización de las respectivas concepciones europeístas. La retórica continentalista de los dos grandes regímenes fascistas tendían divergentemente hacia las organizaciones de la Antikomintern nazi y los CAUR de Mussolini. La desigual recepción en el continente de dos modelos fascistas tan diversos; la rivalidad entre el PNF y el NSDAP en diversos sectores de la política, la cultura y la propaganda en estas regiones y las diversas alternativas de los partidos y regímenes filofascistas y colaboracionistas durante la preguerra y la Segunda Guerra Mundial fueron circunstancias que explican que nunca se insuflara auténtica vida a la organización «panfascista» tan deseada por Mussolini y sus acólitos.

II. FRANCIA: EL «EUROPEISMO» COMO PANACEA ANTIDEMOCRÁTICA

Al contrario que en el caso italiano, la reflexión europeísta del filofascismo intelectual francés se halla condicionada por la existencia de un régimen democrático-parlamentario longevo y relativamente estable, que representa (personificado sobre todo a través de figuras señeras como A. Briand) una propuesta de convivencia continental completamente diferente de la postulada por el fascismo autóctono y uno de sus principales predecesores y mentores intelectuales: la extrema derecha nacionalista de raíz maurrasiana y barresiana. La polémica sobre la identidad nacional de Francia, que figuró en los mismos prolegómenos de la derrota de 1870 y la formación de la III República (39), y tuvo momentos de especial encono a raíz del «*affaire Dreyfus*» y la Gran Guerra, será el gran debate que englobe como mero apéndice todo tipo de veleidad europeísta. Durante el período de entreguerras se van a recomponer los dos campos intelectuales perfilados en 1898. Pero si durante el «*affaire Dreyfus*» la alternativa radicó entre el nacionalismo chauvinista a ultranza y el universalismo de los «*droits de l'homme*», en los años de entreguerras la polémica circulará en torno a las ideas de patria y revolución (40).

(39) La generación de 1890 —Barrès, Drumont, Bourget, Lemaître, Renan, Taine— elaboró, con su pesimismo y su ideología de la decadencia francesa, varios temas recurrentes de la derecha intelectual que serían retomados por los jóvenes intelectuales filofascistas de los años treinta.

(40) M. WINOCK: *Les intellectuels dans le siècle* y *Les Affaires Dreyfus*, en *Vingtième Siècle*, núm. 2, París, abril 1984, pág. 7, y núm. 5, enero-marzo 1985, pág. 24, respectivamente.

En un principio, las formulaciones europeístas de los grupúsculos de extrema derecha no difieren en gran medida de las denuncias de «crisis de Occidente» manifestadas por diversos intelectuales de corte predominantemente conservador. Uno de los ejemplos más acabados es el de Henri Massis (1886-1970), quien, desde una postura de nacionalismo intelectual de base maurrasiana (41), pasó a analizar la situación cultural de Occidente a la luz de la polémica obra de Spengler, criticada como una «teoría castastrófica de la historia, ilustrada de analogías, de sincronismos azarosos, donde se prefiguraba ese colosal “dammerung” que le obsesiona» (42).

Con el habitual estilo pesimista y de grandes especulaciones en filosofía histórica (lucha de caracteres culturales que acarrearán problemas políticos) tan habitual en la época, Massis reconoce en su obra *Défense de l'Occident* (1927) que la unidad europea, espiritual y jurídicamente deshecha desde la Reforma, había sido físicamente quebrada en la guerra de 1914-1918 (43), y que la civilización occidental (basada en los principios de personalidad, unidad, estabilidad y autoridad) estaba amenazada por el «asalto de Oriente» contra la «herencia latina». El «peligro asiático» habría encontrado su aliado natural en «naciones de formación reciente, que no han marchado al mismo paso que

(41) Massis hizo público el 19 de julio de 1919 en «Le Figaro» un manifiesto *Pour un Parti de l'Intelligence*, contra sendos manifiestos de Romain Rolland (*Pour l'Internationale de l'Esprit*, 15 de marzo de 1918, y *Déclaration de l'indépendance de l'Esprit*, 26 de junio de 1919) y la intención de Henri Barbusse de constituir, con base en el grupo «Clarté», una Internationale de la Pensée («L'Humanité», 10-III-1919). Rolland y Barbusse acusaban a los intelectuales franceses de haber degradado el pensamiento poniéndolo al servicio de la Patria. Para Massis y los firmantes del contramanifiesto (Maurras y Bainville, entre otros) se trata de organizar «la defensa de la inteligencia francesa» y «de la civilización entera» y luchar contra la «internacional del pensamiento» apoyándose sobre bases nacionales: «La inteligencia nacional al servicio del interés nacional: este es nuestro primer principio» (el manifiesto; en H. MASSIS: *L'honneur de servir. Textes réunis pour contribuer à l'histoire d'une génération (1912-1937)*, París, 1937, págs. 177-182, y *La Guerre de trente ans. Destin d'un âge, 1909-1939*, París, Plon, 1940, págs. 69-74). La «Revue Universelle», creada en abril de 1920 bajo la dirección de Bainville y con Massis como redactor-jefe, trató de aplicar los principios del manifiesto *Pour un Parti de l'Intelligence*, proponiendo contra las ideas de Barbusse una «fédération intellectuelle du monde par la pensée française», que «uniese las fuerzas de la inteligencia contra las potencias de disolución, de ignorancia y de dinero que amenazan la razón y el orden del universo» («La Revue Universelle», núm. 1, abril 1920).

(42) H. MASSIS: *Défense de l'Occident*, París, Librairie Plon, 1927, pág. 29. Massis censura a Spengler su fatalismo histórico, donde ninguna civilización ni cultura es prevalente. La cultura queda asimilada groseramente a las leyes orgánicas de la vida. Así, la teoría spengleriana lava la conciencia germánica de un ilusorio pecado, ya que libera al pensamiento alemán de la cultura humanista y latina.

(43) *Ibidem*, pág. 8. El desarrollo de esta idea, en el capítulo IV de la obra.

las otras en el camino de la civilización humana y que no pertenecen sino de manera artificial e incompleta al cuerpo occidental» (44). El caso más claro era Alemania, cuyo espíritu dudaba y oscilaba perpetuamente entre la latinidad y una mística asiática que retomó en la posguerra al considerar la cultura occidental como responsable de su derrota y de su degradación nacional (45). En los nacionalistas alemanes este asiatismo «se transforma en pangermanismo conquistador por la colusión de los reaccionarios prusianos y de los extremistas moscovitas. Alemania, libre de sus apocalipsis, se encamina hacia empresas positivas» (46). El mismo problema de rechazo de la latinidad se percibía en el pueblo ruso, con el agravante de que, según la endeble argumentación de Massis, carecía de experiencia y madurez histórica y su vinculación con Occidente había sido aún más fortuita, brutal y violenta. Tras dos siglos de europeización forzada, había retornado a sus orígenes asiáticos y con el instrumento del bolchevismo (caracterizado como «antioccidental» y «antihumano») encabezaba el movimiento de liberación e independencia de Asia contra el colonialismo europeo. Este «retorno de los bárbaros» (es decir, de la parte menos consciente y civilizada de la Humanidad, como ya habían vaticinado Rousseau, Bonald y Renan) queda representado por la «ofensiva bolchevique» contra una Europa egoísta e indiferente a su propia suerte.

La colusión de ambas fuerzas antioccidentales (la presunta «conspiración ruso-germano-asiática» contra la civilización occidental y la cultura romano-cristiana, relatada en el capítulo tercero de la obra) trataba de expandir, en un mundo occidental que reacciona a duras penas contra el materialismo, el

(44) *Ibidem*, pág. 19.

(45) Como ejemplo de este «viraje a Oriente», Massis señala el objetivo del filósofo húngaro conde Hermann de Keyserling de «salvar a Occidente» restituyéndole el sentido perdido de las cosas que encontró en los antiguos textos de China y la India y fusionando el conjunto en una armoniosa síntesis. Para Keyserling, el problema europeo era original y primariamente una cuestión de unidad moral y espiritual, «constituida por componentes determinados, cada uno absolutamente necesarios y completándose mutuamente». Keyserling situaba la decadencia de la Europa surgida de la Revolución francesa a partir de la fecha de 1917 y vaticinaba, tras la desaparición de la idea decimonónica de progreso material, la reaparición de las fuerzas espirituales en el continente, destinadas a redimir al conjunto de la humanidad y la unificación política europea desde abajo, por la simple identidad de valores supranacionales: el principio del individualismo ante el colectivismo socialista y la «estandarización» democratizante norteamericana, unidos por los valores del materialismo y la antimetafísica. Como propuesta de unidad, Keyserling propugnaba de forma vaga un cierto «estilo» de europeo y una no menos imprecisa unidad de organización superior donde coexistieran las naciones con su antiguo vigor (H. DE KEYSERLING: *Analyse spectrale de l'Europe*, París, Éditions Stock, 1946; la edición original de *Das Spektrum Europas* data de 1928; la edición española: *Europa, análisis espectral de un continente*, Madrid, Espasa-Calpe, 1929).

(46) MASSIS: *op. cit.*, 1927, pág. 54, nota 2.

«veneno de Oriente»: la religiosidad sin obligaciones, la contemplación sin virtudes heroicas y un misticismo enternecedor, que podían llevar a Europa al caos intelectual y moral definitivo (47). Contra este peligro, Massis propone «restaurar los principios, las tradiciones propias de nuestra civilización grecolatina y católica, aquellas mismas que pueden salvarla a ella y al género humano»: una vuelta a la espiritualidad católica y a la tradición grecolatina, al equilibrio entre pensamiento y acción, al perfeccionamiento humano propuesto a la voluntad. Principios «tradicionales» y espirituales retomados de la Edad Media (el «medievalismo» y el rechazo del ideal moderno es compartido entre otros por Chesterton, Keyserling, Maurras y Berdiaeff), época arcádica en la que el hombre europeo de cualquier latitud compartía una civilización general con su lengua, espíritu, costumbres, ciencia y arte comunes, sin el constreñimiento del Estado y bajo la autoridad bienhechora de la Iglesia católica, única institución capaz de restaurar la «verdadera civilización» (48), recristianizar Europa y extender el reino de Dios hasta los confines del mundo.

La solución propuesta por Massis a la «crisis de la conciencia europea» resulta muy similar a la que expondría desde el sesgo español Giménez Caballero un lustro después: regeneración nacional interna mediante la sustitución de los valores de la modernidad por los del catolicismo tradicional. Como vimos con Gravelli y veremos posteriormente con el autor de *Genio de España*, esta tesis se transforma en doctrina filofascista cuando los principios reivindicados queden asignados, mediante un subterfugio historicista, al programa de nuevos movimientos de carácter antidemocrático y autoritario inspirados en la doctrina mussoliniana. Uno de los primeros ideólogos y dirigentes que da el paso desde los principios inmutables de la extrema derecha a su actualización fascista como reacción anticapitalista y populista es Georges Valois, antiguo militante de l'Action Française y fundador a finales de 1925 del Faisceau, primera formación inequívocamente fascista de la arena política gala. Para Valois, fascismo y bolchevismo eran una misma reacción contra el espíritu burgués y plutocrático, «hermanos de un mismo desprecio por el régimen burgués, enemigos porque ocupan las dos capitales opuestas de Europa: el fascismo tiene la capital del lago sagrado; el bolchevismo, la del país bárbaro» (49). Pero desde el primer momento, el fascismo francés mezcló el

(47) *Ibidem*, pág. 133.

(48) *Ibidem*, pág. 258. «Es a Europa a quien Dios ha asignado el papel de expandir poco a poco sobre la tierra las ventajas de la civilización cristiana» (pág. 264). Sobre Massis, véase M. TODA: *Henri Massis: un témoin de la droite intellectuelle*, París, La Table Ronde, 1957.

(49) GEORGES VALOIS (seudónimo de ALBERT GEORGES GRESSENT): *La Révolution Nationale*, París, La Nouvelle Librairie Nationale, 1924, pág. 153.

odio por la Europa liberal con el enfrentamiento contra el comunismo (50) y la alabanza al fascismo como fenómeno de alcance europeo, «síntesis de todos los movimientos antidemocráticos. Todo el honor se debe a Mussolini y a Italia por haber bautizado dicho movimiento» (51). Para Valois, la revolución fascista, la «gran revolución constructiva», sería para la Europa del siglo xx lo que había sido el liberalismo y el parlamentarismo para la del siglo xix: una forma nueva y progresiva de la civilización. De ahí su carácter universal (52).

Varios autores han polemizado sobre la naturaleza y alcance de la «impregnación» fascista que caracterizó las actitudes de algunos intelectuales franceses venidos mayoritariamente del campo maurrasiano a finales de los años veinte y en los años treinta (53). La «fascinación» por el fascismo —más que «fascistización» efectiva, según el afortunado *jeu de mots* utilizado por Milza—, que impregnó a este sector minoritario de la intelectualidad gala, que se ha venido en denominar «los inconformistas de los años treinta» (54), tenía su origen en un común rechazo de la filosofía de las Luces y del legado de la Revolución francesa, y en su afanosa busca de un sustituto de la democracia burguesa (vinculada con parlamentarismo, liberalismo, capitalismo y plutocracia) y de sus fundamentos filosóficos y culturales. Entre sus características figuraba la exaltación de la juventud; la obsesión por frenar la «descomposición» de la nación; la repugnancia por desarrollar el debate en términos de izquierda o derecha y la tendencia a conformarse como minorías de agitación, pequeñas comunidades aspirantes a ser una «elite de sustitución» de aquellas que legitimaban ideológicamente la república parlamentaria (55).

(50) Z. STERNHELL: *Ni droite ni gauche. L'idéologie fasciste en France*, París, Éditions du Seuil, 1983, pág. 113.

(51) «Il Popolo d'Italia», 18-X-1925.

(52) G. VALOIS: *Nationalisme et socialisme*, «Le Nouveau Siècle», París, 25-I-1926.

(53) Tras la polémica levantada por el *op. cit.*, de STERNHELL han discutido sus interpretaciones, entre otros, P. MILZA: *Fascisme français, passé et présent*, París, Flammarion, 1987; M. WINOCK: *Fascisme à la française ou fascisme introuvable?*, «Le Débat», núm. 25, mayo 1983, págs. 35-44; J.-M. DOMENACH: *Lettre à Zeev Sternhell*, y S. SAND: *L'idéologie fasciste en France*, «Esprit», núms. 8-9, agosto-septiembre 1983, págs. 149-160; S. BERSTEIN: *La France des années 30 allergique au fascisme. A propos de Zeev Sternhell*, «Vingtième Siècle», núm. 2, abril 1984, págs. 83-94; J. JULLIARD: *Sur un fascisme imaginaire: à propos d'un livre de Zeev Sternhell*, «Annales ESC», vol. 39, núm. 4, julio-agosto 1984, págs. 849-861, y L. RAPONE: *Fascismo: Né destra né sinistra*, «Studi Storici», vol. 25, núm. 3, julio-septiembre 1984, páginas 799-820.

(54) J.-L. LOUBET DEL BAYLE: *Les non-conformistes de années 30. Une tentative de renouvellement de la pensée politique française*, París, Éditions du Seuil, 1969.

(55) MILZA: *op. cit.*, 1987, pág. 201.

Una de las características del fascismo francés (y, por extensión, de los «inconformistas» atraídos o simplemente interesados en mayor o menor medida por él) es su retorno a lo espiritual: el hombre nuevo, la sociedad nueva que sueñan estos intelectuales es el producto de una revuelta del espíritu y de los instintos contra la herencia intelectual sobre la que vivía Europa desde hacía más de dos siglos (56). Autores como Thierry Maulnier pensaban que Francia ya no era capaz de desempeñar un papel decisivo en el mundo, ya que consideraba como enemigos de la civilización a los que no tomaban como modelo su propia decadencia (57). Esta degeneración era fruto del materialismo, de la cultura burguesa y de la democracia capitalista. Como contraste, el fascismo como revuelta de la juventud se describía como evidente manifestación del espíritu contestatario de toda una generación desligada de los valores imperantes en la preguerra (58). Pero los jóvenes contestatarios se opondrán también en mayor o menor medida al espíritu y a la ideología del fascismo, rehusando el mito guerrero y el nacionalismo; este último de manera menos virulenta en la «Jeune Droite» que en los otros dos focos del inconformismo intelectual francés: «Ordre Nouveau» y «Esprit». En este último se hace la diferencia entre el nacionalismo agresivo la «exaltación de la voluntad de potencia» y el «nacionalismo de defensa», legítimo e impuesto a Francia por la situación general de Europa.

El movimiento de la «Jeune Droite» quedó formado a partir de 1928 por un grupo de jóvenes intelectuales procedentes de un movimiento maurrasiano cuyo inmovilismo les impulsaba a buscar nuevos ámbitos de reflexión y expresión: Jean-Pierre Maxence, Robert Francis, Robert Brasillach (futuros fascistas) o Jean de Fabrègues, Thierry Maulnier, Maurice Blanchot, Pierre Andreu, Christian Chenut y René Vincent, que siempre conservaron sus lazos con l'Action Française. El ala fascistizante de dicho colectivo de jóvenes tradicionalistas quedó vinculado de forma laxa a través de efímeras publicaciones de difusión muy limitada (59), antes de que surgiese el semanario «Combat», dirigido por Thierry Maulnier y con colaboradores como Marcel

(56) *Ibidem*, pág. 34.

(57) THIERRY MAULNIER: *La dégenescence française*, «Combat», noviembre 1936.

(58) STERNHELL: *op. cit.*, 1983, pág. 275.

(59) Entre ellas, «Cahiers», «Contacts» o «Reaction. Par l'ordre» (12 n's de abril de 1930 a junio-julio 1932), publicación anticapitalista, antidemocrática y antiparlamentaria creada por Brasillach, Bardèche y Maulnier, que luego se unió al grupo «Latinité» e intentó publicar «La Revue du Siècle» (abril de 1933-abril 1934) y «La Revue du XX^e siècle» (seis números de noviembre de 1934 a junio de 1935), resultado de la fusión de publicaciones de débil tirada: «Les Cahiers d'Occident», «Latinité, revue des pays d'Occident» y «La Réaction par l'ordre». Por último, *L'Insurgé* de Maulnier y Jean-Pierre Maxence, que propugarán una insurrección en

Déat, Bergery y Bertrand de Jouvenel. Publicado desde enero de 1936, «Combat» proponía una revolución espiritual contra la Francia burguesa y decadente. En sus columnas, Maulnier comenzó a divulgar una teoría catastrofista de la acción antirrepublicana que obtuvo enorme fortuna: afirmó que los partidos de derecha se mostraron conciliadores en la crisis de Munich porque «una derrota de Alemania significaría el derrumbamiento de los sistemas autoritarios que constituyen el principal dique a la revolución comunista y quizá a la bolchevización inmediata de Europa. En otras palabras: una derrota de Francia hubiese sido, por supuesto, una derrota de Francia; pero una victoria de Francia hubiese sido menos una victoria de Francia que la victoria de los principios considerados que llevarán a la ruina de Francia y de la civilización en su conjunto» (60).

Pero la publicación más eficaz en el desprestigio de la democracia republicana y en la difusión del derrotismo so capa de pacifismo europeísta sería «Je suis partout», fundado en 1930 por Pierre Gaxotte bajo la tutela de las Éditions Arthème Fayard y como anexo internacional de «Candide» (61). Sin embargo, la entrada en el periódico de jóvenes *normaliens* maurrasianos marginados del campo literario como Alain Laubreaux, Lucien Rebatet, Pierre Costeau, Claude Roy, Thierry Maulnier, Claude Jeanet, Georges Blond y Robert Brasillach trajo consigo su transformación en la versión más extremista del pensamiento «antiburgués» de extrema derecha. «Je suis partout» fue adoptando rasgos fascizantes, consagrando en 1932 un número especial a la Italia mussoliniana, y mostrando sus simpatías por líderes fascistas tan variopintos como Degrelle, Mosley, Codreanu o Hitler. Inquietos por estas llamadas a la dictadura, Fayard le retiró el apoyo financiero tras el triunfo del Frente Popular. Brasillach logró salvar la publicación, y bajo su dirección desde junio de 1937 se fue transformando en el portavoz preferido por los intelectuales filofascistas franceses. En los primeros años del régimen nazi, la *intelligentsia* de la derecha (con excepciones notorias como Ferdinand de

Francia para establecer un régimen corporativo de carácter autoritario. Véanse A. PICCIOLA: *La vie des revues dans les années trente: miroir des intellectuels*, en D. BONNAUD-LAMOTTE y J.-L. RISPAIL (dirs.): *Intellectuel(s) des années trente: entre le rêve et l'action*, París, Éditions du CNRS, 1989, págs. 144-145.

(60) MAULNIER: *Il faut refaire un nationalisme en dépit de la nation y Après les accords de Munich. Les nouvelles conditions imposées à l'action politique en France*, «Combat», abril 1937 y noviembre 1938, respectivamente, cit. por J. BENDA: *La trahison des clercs* (1.ª ed., 1927), edición corregida y aumentada, París, Ed. Bernard Grasset, 1946, pág. 78.

(61) Véanse P.-M. DIOUDONNAT: *Je suis partout, 1930-1944. Les maurrassiens devant la tentation fasciste*, París, La Table Ronde, 1973, y P. ORY: *Les collaborateurs. 1940-1945*, París, Éditions du Seuil, 1975, págs. 116-127.

Brinon y Georges Suarez) mantuvo una actitud de desconfianza hacia Alemania que siempre estuvo presente en el acervo intelectual maurrasiano. Sin embargo, tras el triunfo frentepopulista y el choque emotivo de la guerra civil en España (fenómenos ambos vistos por la derecha como una reactualización de la amenaza soviética que era preciso combatir por todos los medios) (62), este colectivo fue poco a poco derivando hacia una actitud conciliadora con el nazismo, en un momento en que, además, la derecha había perdido su fe en el «aliado» italiano cuando, desde 1938 y sobre todo en la primavera de 1939, el Duce acentuó su campaña reivindicativa de territorios como Córcega, Saboya, Niza y Túnez. Vía el rexismo belga y el falangismo español, «Je suis partout» fue pasando de la admiración por Mussolini a la veneración por Hitler, y de un nacionalismo vertebrado filosóficamente por los principios del «empirismo organizador» maurrasiano a una visión lírica de la nación regenerada y purificada gracias al antisemitismo racista de tipo nazi (63); todo ello gracias a la influencia de hombres como Georges Blond, Claude Jeanet y Lucien Rebatet (64). De todo el colectivo, la figura más interesante es, sin duda, Robert Brasillach (65). Al contrario de la desesperada apuesta ética realizada por hombres como Drieu La Rochelle, Brasillach (reconocido crítico literario y afortunado traductor del clasicismo griego) accedió al fascis-

(62) Tras la aparición en octubre de 1936 de *Les cadets de l'Alcazar*, obra escrita conjuntamente con Massis, Brasillach afirmó: «Nosotros, hombre de Occidente, ya tenemos a nuestros marinos de Cronstadt» (cit. por ORY: *op. cit.*, 1975, pág. 23). Otra incursión literaria de Brasillach en el tema español es la realizada junto a su cuñado M. BARDECHE: *Historia de la guerra de España*, Valencia, Imp. Romeu, 1966.

(63) MILZA: *op. cit.*, 1987, pág. 219.

(64) Lucien Rebatet, ex maurrasiano, nietzscheano, antisemita y anticlerical, es el autor de *Les Décombres* (París, Denoël, 1942), gruesa (664 páginas), salvaje y vengativa requisitoria contra la III República, donde trata de razonar la necesidad de que Francia se incorpore al esfuerzo bélico «europeo» encabezado por Alemania: «Yo deseo la victoria de Alemania porque la guerra que hace es *mi* guerra, *nuestra* guerra» (pág. 605), ya que «en una Europa donde Alemania ostentase el papel que Inglaterra pretendía arrogarse, sus intereses y los nuestros convergerían tarde o temprano» (pág. 614).

(65) Sobre Brasillach: G. ALMIRANTE: *Robert Brasillach*, Roma, Ciarrapico, 1979; A. BRASSI: *Robert Brasillach ou encore un instant de bonheur*, París, Laffont, 1987; B. GEORGE: *Robert Brasillach*, París, Éditions Universitaires, 1968; J. ISORNI: *Le procès de Robert Brasillach*, París, Flammarion, 1946; L. RASSON: *Autobiographie et fascisme: Notre avant-guerre de Robert Brasillach*, en *Michigan Romance Studies*, vol. VI, 1986, págs. 59-73; *D'un Alcazar à l'autre: Malraux, Kafka, Brasillach*, «Revue belge de philologie et d'histoire», vol. LXV, núm. 3, 1987, págs. 562-573, y *Littérature et fascisme: les romans de Robert Brasillach*, París, Minard, 1991; O. RENARD-PAYEN: *Brasillach, l'anti-démocrate*, «La Revue administrative», nov.-dic. 1966, págs. 632-645; P. TAME: *La Mystique du fascisme dans l'oeuvre de Robert Brasillach*, París, Nouvelles ditions Latines, 1986; W. R. TUCKER: *The Fascist Ego. A Political Biography of Robert Brasillach*, Berkeley, University of California Press, 1975; P. VANDROMME: *Robert Bra-*

mo sobre todo por valoración estética. En «Notre avant-guerre» (notas escritas entre septiembre de 1939 y mayo de 1940) (66), Brasillach describió minuciosamente su proceso de fascinación ante el ascenso gradual del fascismo francés, con el punto central en el motín antiparlamentario de 6 de febrero de 1934, hasta sus visitas a la España franquista y al «Parteitag» nazi de Nuremberg. Brasillach fue forjando de este modo una cierta idea de Francia y de la civilización occidental, con base en la Grecia antigua (idea compartida, entre otros, por Paul Valéry) (67), que le hacía, en su opinión, intelectualmente superior al nacionalismo chauvinista y la defensa cerrada del orden social que realizaba la antigermana Action Française (68). Durante los años treinta, Brasillach soñó con colaborar en la fundación de un fascismo a la francesa, estatal y totalitario, capaz de homologarse con las realizaciones de Mussolini y Hitler (69). De ahí su apuesta por una fascistización sin fisuras del régimen de Vichy, del que se transformó en gran turiferario hasta su captura por la Resistencia, juicio y posterior ejecución el 6 de febrero de 1945.

En cuanto al segundo colectivo inconformista —«Ordre Nouveau»—, es un grupo constituido desde 1929 por personalidades de extracción política tan variada como Alexandre Marc, René Dupuis, Arnaud Dandieu (ex-socialista), Robert Aron (futuro historiador de Vichy), Jacques Naville (ex-trotskista), Jean Jardin (próximo a l'Action Française) o Denis de Rougemont (hijo de pastor protestante, futuro mentor ideológico-cultural del europeísmo), reunidas en torno a la revista homónima fundada en 1933. Más o menos cercano a los postulados «personalistas» de publicaciones como «Esprit», «Troisième Force» (grupúsculo anticapitalista creado por Georges Izard en 1933 y asociado estrechamente a «Esprit», aunque Mounier consideraba a «Ordre Nouveau» como excesivamente imperialista y dogmático), «Prélude», «Réactions» o «La Revue Française», «Ordre Nouveau» abominaba del viejo parlamentarismo, del productivismo y del imperialismo, cuya victoria pírrica tras la Gran Guerra no conseguía esconder la profunda falta de sintonía con los valores e inquietudes de las nuevas generaciones: «Dans toute l'Europe, en effet, au

sillach, *l'homme et l'oeuvre*, París, Plon, 1956, y M. ZIMMERMANN: *Littérature et fascisme: le destin posthume de Robert Brasillach*, en «*Romanistische Zeitschrift für Literaturgeschichte*», vol. 2-3, 1981, págs. 340-359. También los «*Cahiers des Amis de Robert Brasillach*» (desde junio de 1950).

(66) R. BRASILLACH: *Notre avant-guerre*, París, Plon, 1941.

(67) Según Valéry (*L'esprit européen*), «toute race et toute terre qui a été successivement romanisée, christianisée et soumise quant à l'intelligence à la discipline des Grecs, est absolument européenne» (cit. por MASSIS: *op. cit.*, 1927, pág. 223).

(68) ORY: *op. cit.*, 1975, pág. 19.

(69) Véase RASSON: *op. cit.*, 1991, págs. 137-145.

cours de ces quinze dernières années, la jeunesse a rompu avec l'idéal démocratique et parlementaire libéral» (70). «Ordre Nouveau» reconocía el poder transgresor y renovador de las nuevas alternativas antidemocráticas, más cercanas a las inquietudes de la juventud: «il y a à l'heure actuelle deux Europé, la vieille, démocratique et parlementaire, et la nouvelle, celle de Lénine et de Staline, de Mussolini et de Hitler; dans la première, le divorce est de plus en plus accentué entre les équipes dirigeantes et l'élite de la jeunesse; dans la seconde, la jeunesse fait littéralement corps avec le régime» (71). Así, pues, el fascismo era menos fruto del espíritu excombatiente que una revuelta juvenil contra el orden establecido. Pero estas alternativas totalitarias tampoco eran el modelo deseado para su acción rectificadora del demoliberalismo, que «Ordre Nouveau» centra en una revolución juvenil transnacional (se habla de colusión entre grupos juveniles ingleses y franceses con estos fines) basada en el primado de la persona humana y en una espiritualidad que rechazaba cualquier tipo de constreñimiento institucional o estatal. Con objetivos «europeístas» tan divergentes, «Ordre Nouveau» no dudó en criticar acerbamente a los fascismos en cuestiones como la estatolatría, el racismo, el control económico del Estado, el conformismo de las juventudes, etc.

En consonancia con su inequívoco rechazo de la «vieja política», «Ordre Nouveau» consideró todo tipo de internacionalismo oficialista como «cosmopolitisme du Café du Commerce» y «pacifisme à l'eau de Genève», que no tenía nada que ver con la auténtica voluntad de paz continental. Al igual que se burló del «memorándum Briand» por su asociación con la III República y por su fe en la labor pacifista y conciliadora de la Sociedad de Naciones, también rechazó el mito heroico de las trincheras, de la Gran Guerra y de sus perturbadores resultados en el concierto internacional. En una carta de felicitación a Hitler por haber abandonado la Sociedad de Naciones, el grupo de «Ordre Nouveau» afirma sin ambages:

No tenemos la menor responsabilidad por la guerra. No nos sentimos ligados al imbécil y criminal tratado que nuestros delegados —y los suyos— redactaron. Nos negamos a reconocer el rostro de nuestro país en la helada imagen de un sistema en el cual la justicia es traicionada por una apariencia de legalidad. Lo estipulado en el Tratado de Versalles, tanto en sus negociaciones como en su base política, es algo tan repugnante a nuestros ojos como puede serlo a los suyos. Los Tratados de 1919 son tan ajenos a nosotros como pueden serlo los Tratados de Londres o los de Unkiar Skelessi, cuyas fechas y términos leímos en nuestros textos de historia; reliquias del si-

(70) R. DUPUIS y A. MARC: *Jeune Europe*, París, Librairie Plon, 1933, pág. XII.

(71) *Ibidem*, pág. XVII.

glo XIX, expresan la ideología mentecata del principio de las nacionalidades. Para nosotros son un cero a la izquierda (72).

Su aspiración (similar a la manifestada desde la «Jeune Droite» y «Esprit») era constituir una «confederación de regiones europeas» con un sistema económico corporativo: Confederación que trascendiera los nacionalismos estrechos, pero fuera respetuosa de las patrias. Sólo así —mantenía «Ordre Nouveau»— podrían resurgir las «bases eternas» del hombre: la familia, la comunidad, la profesión y la región. La construcción europea únicamente podría realizarse desde una realidad nacional regenerada del materialismo, y que aceptase una convergencia continental libre e igualitaria, no impuesta por oscuros intereses materialistas y hegemónicos. A pesar de sus críticas a la III República y de los compromisos internacionales de la democracia burguesa, desde «Ordre Nouveau» se siguió reconociendo la capacidad de estimulación espiritual del «genio francés» sobre Europa, demostrada en el período de la Gran Revolución. Para Aron y Dandieu:

Le long des côtes de la Méditerranée et de la mer du Nord, remontant le Danube ou le Rhin, s'avance l'antique ennemi de l'homme. On l'appellera l'État, matérialisme, racisme ou tyrannie; mais son essence est plus profonde et n'a de nom en aucune langue, surtout pas en français. Ce n'est pas notre faute si la France est en effet, aujourd'hui comme hier, la dernière éclose. Ce n'est pas notre faute si le pays des petits rentiers du Traité de Versailles est tout de même aussi le dernier refuge continental des hommes libres. Ce n'est pas notre faute si, pour sauver l'Occident et l'Europe, nous devons d'abord, aujourd'hui, nous appuyer sur la France. Il ne s'agit pas de défendre une cité ou une idée. Il ne s'agit pas de défense, mais de choix, d'affirmation, de création, de Révolution. Nous sommes sur la terre décisive. L'heure est venue. Allons-y (73).

Sólo Francia y Gran Bretaña podrían, de ese modo, hacer frente a la secesión antieuropea de Rusia, Italia y Alemania y mostrar una Europa Unida bajo el signo del espíritu de lo humano.

El tercer grupo contestatario, de tendencias vagamente democristianas, es el formado alrededor de la revista «Esprit», dirigida desde 1930 por Emmanuel Mounier, filósofo del personalismo (74). Para Mounier, la paz tan deseada

(72) «Ordre Nouveau», noviembre 1933, cit. por A. HAMILTON: *La ilusión del fascismo. Un ensayo sobre los intelectuales y el fascismo, 1919-1945*, Barcelona, Luis de Caralt editor, 1973, pág. 216.

(73) R. ARON y A. DANDIEU: *La révolution nécessaire*, París, Grasset, 1933, pág. 277.

(74) Sobre este colectivo intelectual véase la ya clásica obra de M. WINOCK *Histoire politique de la revue «Esprit», 1930-1950*, París, Le Seuil, 1975.

por Europa no podía ser sino «la expansión de la fuerza. La verdadera paz no es un estado débil donde el hombre dimita. Tampoco es un depósito indiferente para lo mejor o lo peor. Es la fuerza» (75). Aunque reconoce los méritos del fascismo, e incluso asistió con otros destacados «inconformistas» a un Congreso de Instituciones Corporativas organizado por el PNF en Roma en mayo de 1935 (76), Mounier no admiraba a Mussolini y rechazaba de plano el nazismo (77). Pero tras el triunfo bélico de Hitler en 1940 se vio tentado de entrever una posibilidad de revitalización del espíritu francés tras la derrota y adoptó una postura de reconocimiento del «europeísmo» hitleriano que era de hecho un acatamiento de la hegemonía alemana sobre el continente. Una primacía que podía conducir a decisiones positivas como el acoso al materialismo comunista. Hostigamiento que Mounier apoya, aunque advierte, citando «L'Action Française» de 2 de julio de 1941, que «todas las cruzadas no son puras (...) concierne al honor de Europa que su "cruzada" contra el comunismo no sea la cruzada de los fariseos» (78).

Resulta evidente el poder de atracción que ejerció el fascismo en la vaga constelación de los inconformistas de los años treinta. Sin embargo, ninguna de las corrientes identificadas como tales esperó a la ruptura del «frente de Stresa» y a las sanciones de octubre de 1935 para afirmar que el fascismo no era un modelo regenerador aplicable a la renovación de la nación francesa (79) ni un ejemplo exportable capaz de crear un sentimiento de unión europea con garantías de perdurabilidad. Aunque reconocieron al comunismo y al fascismo como los únicos intentos revolucionarios capaces de cambiar el orden de cosas existentes, tanto la «Jeune Droite» como «Ordre Nouveau» y «Esprit» condenaron los totalitarismos triunfantes en la Europa de los años treinta. Del fascismo rechazaron su estatalismo, aunque reconocían la fascinación que ejercía en la juventud su fuerza vital, su pretendida modernidad y sus potencialidades «revolucionarias». La «Jeune Droite» marcó pronto sus distancias con el nacionalsocialismo y mantuvo por más tiempo sus afinidades con el fascismo italiano, aunque resulta evidente la *dérive* pronazi de alguno de sus más destacados representantes a finales de los años treinta. En general, el talante «europeísta» de estos grupos intelectuales se basó en el rechazo de

(75) «Esprit», núm. 5, febrero 1933, pág. 826.

(76) Asistieron, entre otros, Mounier y Ullmann por «Esprit»; R. Aron, C. Chevalley y R. Dupuis por «Ordre Nouveau», y Jean de Fabrègues y Thierry Maulnier por la «Jeune Droite».

(77) Sobre la actitud de Mounier respecto a los fascismos en la preguerra, véase BURRIN: *op. cit.*, 1986, págs. 89-90.

(78) E. MOUNIER: *Fin de l'homme bourgeois*, «Esprit», núm. 102, julio 1941, pág. 611. Véase también *D'une France à l'aure*, «Esprit», núm. 94, noviembre 1940, pág. 7.

(79) MILZA: *op. cit.*, 1987, pág. 206.

los proyectos preexistentes y en la reivindicación de una vaga «Europa de las patrias», antiestatal, corporativa y teñida de espiritualismo individualista.

En la nebulosa de intereses políticos de los grupos declaradamente filofascistas, la concepción de Europa quedó condicionada por las diversas alternativas coyunturales de orden interno y externo producidas durante los años veinte y treinta. La tendencia a la radicalización y a la polarización de los intelectuales de uno y otro signo, que había comenzado con el mismo triunfo del fascismo en Italia (80), tuvo otro punto de fricción en 1925, con motivo de la acción militar en el protectorado de Marruecos. Tras la revitalización del movimiento de las «ligas» al socaire de la crisis económica iniciada en 1932 y los tumultos del 6 de febrero de 1934 frente al Palais Bourbon, los intelectuales fascistas o autoritarios y los antifascistas o demócratas adoptaron posiciones claras y mutuamente excluyentes sobre todos los problemas de la política internacional y las tensiones en la situación europea: remilitarización alemana, guerra de España (81), «Anschluss», crisis de Munich, desmembración de Checoslovaquia, pacto germano-soviético e invasión de Polonia. En general, se percibe que el tema movilizador por excelencia de la derecha filofascista en lo que respecta a las cuestiones europeas era la búsqueda de la paz, sean cuales fueren los medios empleados para salvaguardarla. En esa importante cuestión, los intelectuales de la extrema derecha y el fascismo adoptaron una postura meramente defensiva y pasiva: no apoyan una Europa hegemonizada por Alemania, pero tampoco desean una victoria de la democracia francesa. La posición de «pacifismo» retórico y de no injerencia en los actos de agresión de las potencias fascistas resultó evidente con motivo de la guerra de Etiopía: el 4 de octubre de 1935 «Le Temps» publicó *Un manifeste d'intellectuels français pour la défense de l'Occident* (en el número siguiente apareció como *Manifeste des intellectuels pour la paix en Europe et la défense de l'Occident*), redactado por Massis y denominado «Manifiesto de los 64» o «Manifiesto de los intelectuales fascistas» por las publicaciones

(80) En general, la derecha francesa alabó en un primer momento el renacimiento italiano en una descripción complaciente que queda lejos de una imitación acrítica. Véase P. MILZA: *L'Italie fasciste devant l'opinion publique française, 1920-1940*, París, Armand Colin, 1967, y *Le fascisme italien et la presse française, 1920-1940*, Bruselas, Ed. Complexe, 1987.

(81) Como ejemplo de la movilización intelectual de la derecha respecto al conflicto civil español, se organizó una respuesta en toda regla al II Congreso por la Defensa de la Cultura, reunido en Valencia en julio de 1937, cuarenta y dos personalidades de la extrema derecha económica, intelectual y militar (Louis Bertrand, Henri Béraud, Abel Bonnard, Henri Bordeaux, Paul Claudel, Léon Daudet, Pierre Drieu La Rochelle, Henri Massis, el general Maxime Weygand, Léon Bailby, Henry de Kérillis, etc.), afirmaron su solidaridad con los intelectuales franquistas mediante un *Manifeste aux intellectuels espagnols* aparecido en «Occident, bi-mensuel franco-espagnol», dirigido por el ex-lligaire Joan Estelrich en su número 4, de 19-XII-1937.

de izquierdas. En él se condenaban las sanciones impuestas a Italia por la Sociedad de Naciones y se denunciaba el peligro de guerra, tras de lo cual se hacía un alegato sobre la vocación propia de los intelectuales: «Debemos proteger la cultura con tanta más vigilancia por cuanto nos aprovechamos de sus beneficios, no podemos dejar a la civilización elegir contra sí misma. Para impedir tal suicidio hacemos un llamamiento a todas las fuerzas del espíritu» (82).

Para la Union Socialiste Républicaine, fundada el 3 de noviembre de 1935 y liderada por el «neosocialista» Marcel Déat, la crisis europea debía resolverse por la solidaridad nacional y no por las oposiciones de clase. Ese repliegue de los pueblos «en su cuadro nacional» obligaba a aceptar el primado de la nación como principio futuro de todo proyecto de unidad europea. Para el Déat de los años treinta, sujeto a una fascitización rampante que le llevaría a la creación del Rassemblement National Populaire (RNP) en enero de 1941, el hitlerismo representaba un peligro de extrema gravedad para Francia, que debía ser conjurado sin provocar una guerra. De 1933 a 1938 Déat atenuó notablemente su germanofobia (83) y propuso una política conciliadora respecto a Alemania, incluso implicando a Inglaterra en la negociación de un «nuevo orden» continental que debía comenzar por una revisión pacífica de los tratados de posguerra. Como proponía Drieu La Rochelle en esa misma época, se trataba de trazar una barrera defensiva en el Oeste y «ceder» el Este europeo a Alemania. Déat se hace ilusiones sobre la «misión» de reconstrucción de Europa y cree que «se podrá decir lo que se quiera sobre el régimen alemán: sin él y su ejército ya no existiría Europa» (84).

El proyecto doctrinal «neosocialista» de retorno a un socialismo nacional, antimarxista y «verdaderamente francés» (inspirado por el «planismo» del dirigente socialista belga Henri de Man), también fue asumido parcialmente por el ex comunista Jacques Doriot y el Parti Populaire Français (PPF), la única verdadera organización fascista de masas de la Francia de los años treinta. Al tiempo que acentuaba su deriva hacia la extrema derecha antisemita en 1937-1938, Doriot reivindicó «el sagrado egoísmo nacional» (85) y lanzó,

(82) La polémica en N. RACINE-FURLAUD: *Bataille autour d'intellectuel(s) dans les manifestes et contre-manifestes de 1918 à 1939*, en BONNAUD-LAMOTTE-RISPAIL: *op. cit.*, 1989, páginas 229-232. Véase también J.-F. SIRINELLI: *Intellectuels et passions françaises: manifestes et pétitions au XX^e siècle*, París, Fayard, 1990.

(83) En diciembre de 1934 asistió en Berlín al I Congreso de la Internacional de las Naciones, invención propagandística de Goebbels para ganar simpatías con el tema tradicional del nacionalismo.

(84) «L'Oeuvre», 25-II-1934, cit. por ORY: *op. cit.*, 1975, pág. 163.

(85) J. DORIOT: *Refaire la France*, París, Grasset, 1938, pág. 95.

con la ayuda de intelectuales afines como Bertrand de Jouvenel y Paul Marion, una campaña pacifista en Europa y de violenta contestación en Oriente ante la agresión japonesa contra China del verano de 1937. La propuesta era una intervención armada de todas las potencias europeas sin distinción de regímenes o ideologías para frenar esta amenaza contra la «raza blanca» y permitir la apertura de una «válvula de escape» a las cada vez más insalvables tensiones continentales (86).

Para Bertrand de Jouvenel, tráfuga del radicalismo en dirección al «fascismo proletario» doriotista y director de «La Lutte des jeunes», Europa ve renacer en los años treinta una nueva moral: la de la fuerza, que Proudhon había elogiado y que desde el siglo x había permitido a Europa partir a la conquista del mundo (87). El gran hecho del siglo xvi era el declive del tipo humano medieval del jefe de familia y del clan, guerrero y propietario, con autoridad hacia los suyos e independencia hacia el Estado: en el siglo xviii el Cid hace sonreír; a fines del siglo xix, Cyrano es un personaje cómico, y en el siglo xx la lectura de Kipling queda reservada a los niños (88). Esta prolongada decadencia continental, similar a la padecida por la Roma del Bajo Imperio, ha sido rechazada por la juventud europea, seducida por el «austero pesimismo nietzscheano» de la voluntad de potencia, remedio heroico utilizado por todos los hombres de Estado que han sido considerados como restauradores de la sociedad: Augusto o Napoleón en el pasado; Hitler y Mussolini en el presente (89). En toda Europa se efectuaba en los años treinta «una especie de juicio de Dios»: «La liquidación a través de toda Europa de los que odian el esfuerzo por los que lo aman.» Los regímenes de fe sustituyen a los regímenes de opinión (90). No resultará extraño que Jouvenel viera en el triunfo alemán de 1940 una victoria del espíritu (91) y comenzara con entusiasmo el camino del colaboracionismo.

El rechazo de este grupo de intelectuales y dirigentes políticos filofascistas a un conflicto armado contra Alemania debe entenderse como una estrategia más en su «guerra ideológica» permanente contra la democracia. Las razones aducidas para este «neopacifismo» de la derecha (patente desde el triunfo del Frente Popular) eran de este tenor: un conflicto con la Alemania hitleriana sería fatal para el pulso que mantiene la civilización occidental con el comu-

(86) Las manifestaciones de racismo antiasiático de intelectuales del PPF, en BURRIN: *op. cit.*, 1986, págs. 298-299.

(87) B. DE JOUVENEL: *Le Reveil de l'Europe*, París, Gallimard, 1938, pág. 241.

(88) *Ibidem*, págs. 243-244.

(89) *Ibidem*, págs. 245-246.

(90) *Ibidem*, págs. 234-236.

(91) B. DE JOUVENEL: *Après la défaite*, París, Plon, 1941, pág. 4.

nismo soviético (92), y una guerra continental sólo beneficiaría a los grandes *trusts* capitalistas, mientras que tendría en el interior de Francia la virtualidad de esconder temporalmente los graves problemas sociales, económicos y políticos. Así, a medida que se fueron produciendo las claudicaciones de las democracias ante el expansionismo hitleriano, el filofascismo y la extrema derecha franceses se hicieron, paradójicamente, más «internacionalistas»: el nacionalismo incondicional de la «France éternelle» quedó como reducto de los conservadores moderados e incluso comenzó a impregnar ciertas manifestaciones públicas de los partidos frentepopulistas. Mientras tanto, la derecha radical y el fascismo, para quienes el nacionalismo resultaba el factor revolucionario por excelencia, renunciaron tácitamente a formar una nueva «Unión Sacrée» y acentuaron su intervención en una «guerra ideológica», donde la derrota de la nación no resultaba un precio demasiado caro para el triunfo de ciertas ideas de corte antiparlamentario y autoritario. Cuestiones capciosas como el resonante *Mourir pour Dantzig?* de Déat («L'Oeuvre», 4-V-1939); la significativa disyuntiva del titular de «Je suis partout» (30-VII-1939) *A bas la guerre, vive la France!* o la confesión en esas mismas páginas del periodista Alain Laubreaux, reconociendo en 1943 que había deseado a su país «una guerra corta y desastrosa», muestran el corto paso que media entre el pacifismo «patriótico» y el derrotismo como antesala del colaboracionismo. Los intelectuales filofascistas prefirieron una Francia mutilada, pero en su opinión regenerada, guardiana de la civilización e imbuida en una nueva misión histórica de carácter transnacional: participar activamente en la gran cruzada antimaterialista que se insinúa tras el «Nuevo Orden» europeo propuesto por el nazismo (93).

Pierre Drieu La Rochelle (1893-1945) (94) representa aquí el caso más acabado de intelectual filofascista, colaboracionista y «europeísta» por exce-

(92) J. DE FABREGUES: *Une mystique matérialiste: la démocratie hitlerienne*, «Combat», enero 1937.

(93) STERNHELL: *op. cit.*, 1983, pág. 288.

(94) Obras sobre Drieu La Rochelle: P. ANDREU: *Drieu, témoin et visionnaire*, París, Grasset, 1952; P. ANDREU y F. GROVER: *Drieu La Rochelle*, París, Hachette, 1979; M. BALVET: *Itinéraire d'un intellectuel vers le fascisme: Drieu La Rochelle*, París, PUF, 1984; G. DELAGRANGE: *Le cas Pierre Drieu La Rochelle*, París, Imprimerie du Palais, 1969; D. DESANTI: *Drieu La Rochelle ou le séducteur mystifié*, París, Flammarion, 1978; J. DESNOYERS: *Étude medico-psychologique sur Pierre Drieu La Rochelle*, París, Impr. Foulon, 1965; F. GROVER: *Drieu La Rochelle*, París, Gallimard («La Bibliothèque idéale»), 1962; HAMILTON: *op. cit.*, 1973, págs. 243-253; J.-M. HANOTELLE: *Drieu et la décadence du héros*, París, Hachette, 1980; R. LEAL: *Drieu La Rochelle, Decadence in Love*, St. Lucia (Australia), University of Queensland Press; J. MABIRE: *Drieu parmi nous*, París, La Table Ronde, 1963; A. MACLEOD: *La pensée politique de Pierre Drieu La Rochelle*, París, Eds. Cujas, 1966; MILZA: *op. cit.*, 1987, págs. 205-216; ORY: *op.*

lencia. Tras una primera juventud llena de frustraciones y curiosamente similar a la de Hitler en su entorno familiar y en su temperamento ciclotímico, Drieu vio confirmado su espíritu bélico (profundamente *révanchard* en este caso) en 1914. El campo de batalla le transfiguró en un hombre de acción, un «jefe» en potencia obsesionado con el heroísmo de la guerra ideal que no se correspondía con el anonimato forzado de un mortífero conflicto industrial moderno (95). Ese combate idealizado es el que siempre deseará trasladar a la escena política cuando, tras una posguerra decepcionante descrita en *Le jeune européen* (96), busque un remedio salvador para él mismo y la comunidad, ya sea la nación o una vaga entidad europea que trascienda las patrias y que ya le parece el verdadero ámbito de la revolución universal futura. En *L'Europe contre les patries* (1931) Drieu volvió a sus deseos de una fe nueva y exigente para Europa, ya propuesta en *Mesure de la France* (1922), *Le jeune européen* (1927) y *Genève ou Moscou* (1928): contra el nacionalismo estrecho de las patrias se sentía ante todo europeo y seguía con atención la acción de la Sociedad de Naciones en Ginebra y proyectos tan esperanzadores y ambiciosos como el de Briand. Su propuesta era una federación de Estados europeos, y no cesó de prevenir contra el peligro de un nacionalismo excluyente, que sólo podía servir para debilitar a Europa y convertirla en una presa fácil para las «federaciones continentales que la amenazaban» (97). Drieu creía que la Sociedad de Naciones iba a traer una era de paz eterna, pero ante el constante fracaso de esta Asamblea dirigió sus anhelos hacia los países totalitarios como regeneradores del continente. Siempre había considerado la guerra como una necesidad espiritual para la juventud y los Estados dinámicos,

cit., 1975, págs. 208-221; J.-M. PERUSAT: *Drieu La Rochelle ou le goût du malentendu*, Frankfurt, Peter Lang, 1977; A. PFEIL: *Die französische Kriegsgeneration und der Faschismus: Drieu La Rochelle als politischer Schriftsteller*, Munich, 1971; B. POMPILI: *Pierre Drieu La Rochelle, progetto e delusione*, Ravena, Eds. A. Longo, 1969; M. REBOUSIN: *Drieu La Rochelle et le mirage de la politique*, París, Nizet, 1980; L. RICHARD: *Drieu La Rochelle et la Nouvelle Revue Française des années noires*, «Revue d'Histoire de la Seconde Guerre Mondiale», núm. 97, París, enero 1975, págs. 67-84; A. ROMUALDI, G. GIANNETTINI y M. PRISCO: *Drieu La Rochelle, il mito dell'Europa*, Nápoles, Akropolis, 1981; J.-P. SARTRE: *Drieu La Rochelle ou la haine de soi*, «Les Lettres françaises (clandestinas)», núm. 6, abril 1943, y en M. CONTAT y M. RYBALKA: *Les écrits de Sartre*, París, Gallimard, 1970, págs. 650-652; R. SOUCY: *Le fascisme de Drieu La Rochelle*, «Revue d'Histoire de la Seconde Guerre Mondiale», núm. 66, París, abril 1967, págs. 61-84; P. VANDROMME: *Drieu La Rochelle*, París, Éditions Universitaires, 1958, y M. WINOCK: *Gilles de Drieu La Rochelle*, «Le Mouvement Social», París, julio-septiembre 1972, págs. 29-47.

(95) Véase su relato autobiográfico *La Comédie de Charleroi*, París, Gallimard, 1934, reeditado en «Livre de Poche» en 1970.

(96) P. DRIEU LA ROCHELLE: *Le Jeune Européen*, París, Gallimard, 1927.

(97) P. DRIEU LA ROCHELLE: *L'Europe contre les patries*, París, Gallimard, 1931.

ya que permitía la desaparición de las razas y civilizaciones «vencidas» o decadentes que, faltas de heroísmo, no excitaban la imaginación ni el ejemplo de las masas (98). Esa decadencia, comenzada en la Edad Media, patente sobre todo en la Francia de la III República, y que resultaría evidente tras la *debâcle* de junio de 1940, le lleva a asegurar la superioridad de la civilización feudal basada en la primacía del guerrero (99): un símbolo de la regeneración del Occidente decaído por el racionalismo, la revolución industrial y la urbana. Regeneración que buscó primero en el símbolo de ruptura absoluta con el pasado que representaban los regímenes de Rusia (a pesar de su constante desprecio al «salvajismo» eslavo), Italia y Alemania; luego en un fascismo francés de corte obrerista y antiburgués, como el de Doriot; más adelante en una conmoción general emprendida por el totalitarismo nazi o en una alianza con Inglaterra, Alemania o Italia contra la Unión Soviética, y por último, en la colaboración con el ocupante alemán. Ya en 1934 declaró que «yo, que soy europeo, no me asusto en absoluto de la tendencia pangermanista» (100), y apoyó todas las acciones ofensivas nazis que se dirigieran a su fin soñado: Hitler realizaba por la violencia lo que los delegados de la Sociedad de Naciones habían sido incapaces de hacer con su retórica, confirmando de nuevo la superioridad de la acción sobre el verbo (101).

Drieu se proclamó abiertamente fascista en junio de 1934 (102), después de su decepción tras las limitadas secuelas subversivas de la asonada antiparlamentaria del 6 de febrero, descrita minuciosamente en su novela autobiográfica *Gilles*, que fue censurada en su aparición durante la *drôle de guerre* de 1939. Afiliado al PPF de Doriot en junio de 1936, para Drieu el fascismo se identificaba con la revolución de la juventud masculina, «la crispación del hombre europeo alrededor de la idea de virtud viril» (103). Al tiempo, agudizó su antisemitismo y su mitificación de la guerra, complemento siempre presente de sus propios instintos sadomasoquistas y autodestructivos. Separado del PPF en 1938 (su máxima «¡Ni Moscú ni Berlín!» le parecía ambigua, y su financiación por parte de Mussolini le llenó de indignación), Drieu ya no cree en las posibilidades de una revolución fascista surgida del interior, que construyera «una Francia fuerte que pudiera intervenir entre Alemania y Gran

(98) Giménez Caballero glorificó en ese sentido el modelo romano, buscando lecciones aplicables a la realidad española.

(99) P. DRIEU LA ROCHELLE: *Notes pour comprendre le siècle*, París, Gallimard, 1941.

(100) DRIEU LA ROCHELLE: *op. cit.*, 1934, pág. 197.

(101) BALVET: *op. cit.*, 1984, pág. 204.

(102) Las razones de su militancia fascista aparecen en el último capítulo de su obra teórica *Socialisme fasciste*, París, Gallimard, 1934.

(103) *Ibidem*, pág. 179.

Bretaña, exigir una auténtica alianza con Inglaterra y llevar a cabo negociaciones firmes con Alemania, con lo que ayudaría a Inglaterra a volver a Alemania en contra de Rusia y a que interviniera posteriormente en caso necesario» (104). En los albores de la guerra había declarado que «desde mi punto de vista, Alemania aparece como el mal necesario de Europa, el movimiento incitante que siempre renueva la prueba de fuerza donde se da temple a Occidente, prueba sin la cual Occidente se sumerge en la imbecilidad de un racionalismo demasiado fácil, demasiado optimista, el de nuestros intelectuales del siglo XVIII o el de nuestros "instituteurs", de nuestros francmasones» (105). Consagrando la unidad de Europa, Alemania la ha aportado su salud, y todos los franceses debían aceptar colaborar en esa obra (106).

Alemania era, para este autor, la potencia salvadora, encargada de regenerar a Europa de su laxitud forjando un nuevo tipo de hombre: el «hombre totalitario», repleto de potencia y plenitud por el rechazo de las virtudes intelectuales y el cultivo de la fuerza física (107). Drieu se transformó así en el portaestandarte de la «Nueva Europa» de Hitler, imperialista y racista. Por contra, rechazó la «Révolution Nationale» de Vichy por su incapacidad para ponerse en sintonía con el ejemplo alemán y colaborar decididamente en un proyecto que Drieu no cesa de reclamar desde la Primera Guerra Mundial: una Europa unida, según el modelo napoleónico (otro de los grandes mitos rochelienes), tras el país que mejor ha sabido afirmar su fuerza (108). Drieu vio la invasión de la Unión Soviética por Alemania y sus aliados como una «guerra revolucionaria europea»: «Imaginamos lo que significaría mañana, para la grandeza europea, la recuperación de la colaboración secular de las elites

(104) P. DRIEU LA ROCHELLE: *Récit secret*, París, AMG, 1951, pág. 101. Ya en su *op. cit.*, 1934, págs. 167-171, y siguiendo el camino marcado por Doriot, Drieu consideraba que la persistente hostilidad contra Alemania podía favorecer el bolchevismo y propuso un «tercer partido» europeo que reagrupara a «las viejas democracias de Occidente y las jóvenes democracias del Este» para luchar al tiempo contra Moscú y Berlín, con el apoyo italiano y británico. El ideal rocheliano era la constitución de un gran directorio de potencias europeas, que obligase a la URSS al aislamiento y se sintiera suficientemente fuerte como para permitir un eventual «Drang nach Osten» alemán.

(105) Carta a Charles Maurras (septiembre u octubre de 1939), cit. en ANDREU-GROVER: *op. cit.*, 1979, pág. 337.

(106) BALVET: *op. cit.*, 1984, pág. 198.

(107) DRIEU LA ROCHELLE: *op. cit.*, 1941, págs. 159-164.

(108) Véase como ejemplo *Mesure de la France*, París, Grasset, 1922, donde afirma que el único medio de hacer revivir Europa, atrapada entre los Estados Unidos y la Unión Soviética, era la formación de una federación de Estados europeos, aunque federación quería decir hegemonía y «gradación de cargas y obligaciones» («Idées», diciembre 1942, cit. por ORY: *op. cit.*, 1975, pág. 162).

alemanas y de la masa rusa» (109). En su propio interés, Francia debía entrar en una federación europea dominada por Alemania y que tendría en Africa y Oriente Próximo su «espacio vital» en materias primas y mano de obra (110). Sin embargo, desde 1942 el sueño se va desvaneciendo con los primeros grandes reveses germanos: los alemanes no son ya revolucionarios, y no pueden realizar ese «socialismo fascista» distinto del reformismo socialdemócrata y del bolchevismo ruso que podía ser la clave política europea del futuro. Por contra, no han tenido mejor éxito que la empresa continental napoleónica, y su hegemonía europea no se ha manifestado sino en la pura explotación de recursos y la destrucción irracional. A inicios de 1943, Drieu reconoce su equivocación respecto al hitlerismo y su convencimiento de que Alemania, justamente, «está más sujeta a la decadencia europea que las otras naciones» (111). No le queda dar sino una postrera pirueta: desear una victoria de la URSS y que Stalin realice lo que Hitler no pudo hacer, gracias a la fuerza de esos ejércitos que invaden Europa «con una verdadera virtud de atracción, un verdadero prestigio de mérito militar y de gloria ideológica» (112). Demasiado viejo y descarriado para hacerse comunista, Drieu se suicida el 15 de marzo de 1945 antes de ver la llegada de esos «hunos» que parecían poder lograr esa tan deseada destrucción radical de Europa, sobre cuyas cenizas renacería una vida nueva (113). Destrucción/regeneración de Occidente, he aquí la idea fija de Drieu La Rochelle, que le acerca de nuevo al Hitler de los últimos días: el deseo de destrucción de una nación (y de un proyecto europeo) que ha demostrado su debilidad con la derrota, legando de ese modo el porvenir continental a los pueblos más fuertes.

Las contradictorias experiencias político-intelectuales de Drieu La Rochelle compendian los sentimientos de estos pensadores filofascistas que, tras la derrota francesa de 1940, e incluso desde los Acuerdos de Munich, no acertaron a reivindicar un nacionalismo renovado a imagen del que logró construir

(109) «Nouvelle Revue Française», enero 1942, cit. por ORY: *op. cit.*, 1975, pág. 163.

(110) Ya en su obra *Genève ou Moscou*, París, Gallimard, 1928, pág. 280 (escrita entre 1926 y 1927), Drieu explica que las naciones europeas deben unirse para contrapesar a las dos grandes potencias mundiales: URSS y EE. UU. Cada bloque tendría un «área de expansión: Africa para Europa, América para los Estados Unidos y Asia para la Unión Soviética. Considera que la hegemonía alemana sobre el continente será mejor que la inglesa (*Le Fait*, 19-X-1940) y pide la hegemonía indiscriminada de Alemania (*La Gerbe*, 14-XI-1940).

(111) ANDREU: *op. cit.*, 1952, pág. 199.

(112) P. DRIEU LA ROCHELLE: *Le Français d'Europe* (artículos escritos de 1940-1943), París, Eds. Balzac, 1944, pág. 215. Esta obra no fue divulgada.

(113) La desesperación de Drieu y de otros intelectuales colaboracionistas en los últimos meses de la guerra, en G. RAGACHE y J.-R. RAGACHE: *La vie quotidienne des écrivains et des artistes sous l'occupation, 1940-1944*, París, Hachette, 1988, págs. 255-258.

Barrès a finales de siglo, sino que cayeron en una desesperanza nihilista que les dejó maduros para el reconocimiento más o menos voluntario de la ley del más fuerte. Al contemplar con buenos ojos un desastre nacional, que es visto como la premisa de la regeneración colectiva, aceptaron implícitamente un verdadero *renversement des alliances* en favor de la «revolución» nazi: el purgante que era preciso ingerir de grado o por fuerza para recuperar la «salud» colectiva perdida por décadas de parlamentarismo. Los colaboracionistas franceses (y, en general, los de todos los países ocupados) aspiraron a instaurar un régimen fascista estable y obtener del vencedor alemán garantías de independencia para su nación, a cambio de su inserción más o menos forzada en un orden europeo bajo la dirección hegemónica de Alemania. Ninguna de estas premisas se cumplió. La traición al nacionalismo exclusivista implícita en la colusión con Alemania y la falta de apoyo social y político interno para una experiencia totalitaria les llevó a dar el paso decisivo hacia un «pseudoeuropeísmo» fascista inspirado en la propaganda italiana y, sobre todo, alemana: un deseo de constitución de una comunidad fascista transnacional, una especie de «internacional del nuevo orden», capaz de garantizar los valores espirituales occidentales ante el materialismo ruso y anglosajón; de engendrar una nueva civilización y de insuflar a la «raza» francesa la energía necesaria para tener un papel protagonista en la Europa que se estaba contruyendo (114). En realidad, esta pretendida «solidaridad internacional fascista» era un medio de paliar las frustraciones de los «Quisling» políticos y culturales en sus aspiraciones de independencia exterior y transformación interior. El fracaso de este subterfugio publicitario que trataba de legitimar la política de pura y simple rapiña y explotación del invasor nazi deja al desnudo la tragedia del colaboracionista, como lo muestra uno de los escritos postreros de Drieu: «Oui, j'ai été d'intelligence avec l'ennemi. J'ai apporté l'intelligence française à l'ennemi. Ce n'est pas ma faute si cet ennemi n'a pas été intelligent (...) Nous avons joué, j'ai perdu. Je réclame la mort» (115).

III. ESPAÑA: EL «GENIO» HISPANICO COMO SINTESIS Y ENCRUCIJADA ENTRE ORIENTE Y OCCIDENTE

Hablar de la vertiente «europeísta» del filofascismo español de los años treinta supone mencionar de forma obligada y casi exclusiva a Ernesto Giménez Caballero (1899-1988), escritor de vanguardia, director de publicaciones

(114) MILZA: *op. cit.*, 1987, pág. 220.

(115) Cit por P. ORY y J.-F. SIRINELLI: *Les intellectuels en France, de l'affaire Dreyfus à nos jours*, París, Armand Colin, 1986, pág. 137.

literarias como «La Gaceta Literaria» o «El Robinsón Literario» y primer mentor del fascismo italiano en nuestro país (116). En sus primeros pasos literarios, marcados por el surrealismo, «Gecé» observó a Alemania y a los valores culturales nordeuropeos con especial prevención, de forma que, a diferencia de la alianza germano-eslava denunciada por Massis, consideró el comunismo ruso como un aliado natural de la visión del mundo mediterráneo-latina que tenía su centro neurálgico en la Roma católica y fascista. Fascismo y bolchevismo no representaban, pues, concepciones político-ideológicas enfrentadas, sino dos caminos convergentes para la regeneración de las naciones europeas en dirección de sus propias esencias culturales y de sus tradiciones, es decir, de su «genio».

El «camino de Damasco» fascistizante de Giménez Caballero había comenzado con su viaje a Italia en 1928, donde había trabado conocimiento con Curzio Malaparte (el anticonvencional y ambiguo «maestro de ceremonias» de buena parte de los intelectuales y dirigentes profascistas del continente) y mostrado una creciente admiración por Mussolini y su obra (117). Fue a partir de ese momento cuando comenzó a propagar por España una teoría de la «latinidad» militante (a la luz de lo estudiado en el caso italiano, no tan personal como podía parecer a simple vista), basada en los que consideraba

(116) Así lo creen, entre otros muchos, H. R. SOUTHWORTH: *Antifalange. Estudio crítico de «Falange en la guerra de España», de M. García Venero*, París-Burdeos, Ed. Ruedo Ibérico, 1967, pág. 63; M. PASTOR: *Los orígenes del fascismo en España*, Madrid, Ed. Tucar, 1975, págs. 24-36, e I. SAZ CAMPOS: *Tres acotaciones a propósito de los orígenes, desarrollo y crisis del fascismo español*, «Revista de Estudios Políticos» (Nueva época), núm. 50, Madrid, marzo-abril 1986, págs. 179-211. Estudios específicos sobre la personalidad y la obra de Ernesto Giménez Caballero: L. TANDY y M. SFERRAZZA: *Giménez Caballero y «La Gaceta Literaria» (o la generación del 27)*, Madrid, Turner, 1977 (la primera, procedente de la Universidad de Oklahoma, persentó su trabajo sobre «La Gaceta Literaria» en 1932, y la segunda, del Instituto Ca Foscari de la Universidad de Venecia, lo hizo en 1963-64), y el trabajo del profesor de la Universidad de Ferrum (Virginia) D. W. FOARD: *Ernesto Giménez Caballero (o la revolución del poeta). Estudio sobre el nacionalismo cultural hispánico en el siglo XX*, Madrid, Instituto de Estudios Políticos, 1975, sintetizado en su artículo *The Forgotten Falangist: Ernesto Giménez Caballero*, «Journal of Contemporary History», vol. 10, núm. 1, Londres, enero 1975, págs. 3-18. Resulta también interesante la consulta de la obra de J. RODRÍGUEZ PUÉRTOLAS *Literatura fascista española*, vol. I: *Historia*, Madrid, Ed. Akal, 1986, y del número especial dedicado a Giménez Caballero por la revista «Anthropos», Barcelona.

(117) Véase E. GIMÉNEZ CABALLERO: *Europa: conferencias: raid. 12.302 Kms. literatura*, serie de reportajes sobre su viaje por Europa comenzados en «La Gaceta Literaria», núm. 38, Madrid, 15-VII-1928, pág. 1, y finalizados en el número 72, 15-XII-1929, pág. 1. «Gecé» dedicó a sus «etapas» italiana y alemana el grueso de esta serie. Más tarde: *En torno al casticismo de Italia. Carta a un compañero de la joven España*, en *ibidem*, núm. 52, 15-II-1929, pág. 5, y *El fascismo y España*, en *ibidem*, núm. 121, 15-II-1932, págs. 7-8.

elementos clave de la tradición cultural y de la identidad europea: esencialmente el Imperio romano y el catolicismo, mitos ecumenistas sintetizados y reformulados, con toda su carga de «modernidad» e «inconformismo» por el ideario mussoliniano (118).

El mensaje «europeísta» de Giménez Caballero va a consistir, por tanto, en un proyecto de regeneración nacional vinculado estrechamente a otro de escala continental, que intentaba armonizar rasgos europeístas (ecumenismo religioso, identidad cultural, vocación a la vez rupturista y aglutinadora del fascismo y del comunismo) con valores estrictamente autóctonos, sobre todo un nacionalismo conflictivo definido frecuentemente en oposición a las potencias rivales. La cuadratura de este círculo conformado por fuerzas tan divergentes como el europeísmo espiritualista y el ultranacionalismo excluyente explican la difícil plasmación efectiva de las intuiciones «genialoides» de Giménez Caballero y su reclusión en consideraciones más estéticas y literarias que puramente políticas.

De una inicial fórmula regeneradora basada en la movilización popular juvenil y una síntesis entre cristianismo, bolchevismo y fascismo, Giménez Caballero pasó en 1932 (cuando se transformó en un verdadero agente de Mussolini en España) a una inequívoca y vigorosa defensa de este último como árbitro y compendio del «Genio de Oriente» y «Genio de Occidente». La enemiga hacia los valores materialistas representados por el bolchevismo y el liberalismo aparecen ya de forma clara: «El comunismo sólo admite la solidaridad del pan, de lo económico. La Sociedad de Naciones admite sólo la Aduana y la paz, otras variantes burguesas y económicas. Sólo el fascismo ha intentado señalar primacías nuevamente espirituales» (119).

Aunque siempre aseguró que el régimen italiano no era exportable en todos sus términos, Giménez Caballero atribuyó carácter fascista a todo movimiento de regeneración nacional antiliberal y antidemocrática en consonancia con las tradiciones culturales del país. En el caso español, el referente histórico obligado habría de ser el Imperio del siglo XV-XVI, y el componente renovador consistiría en un «movimiento de pueblo, de masa», un «sindicalismo nacional y heroico» similar al corporativismo fascista italiano (120). Siguiendo también un *leit motiv* recurrente del fascismo, «Gecé» otorgó importancia decisiva a la intervención de la juventud en la regeneración política

(118) Véase su primera obra inequívocamente profascista: *Círculo imperial*, Madrid, Eds. de la Gaceta Literaria, 1929.

(119) E. GIMÉNEZ CABALLERO: *El fascismo y España*, «La Gaceta Literaria», núm. 121, 15-II-1932, págs. 7-8. También señalaba el acercamiento de la Rusia soviética al fascismo.

(120) E. GIMÉNEZ CABALLERO: *op. cit.*, 1929, pág. 56.

de España, en un movimiento de inconformismo cuyos precedentes remontaba a los comuneros castellanos (121).

Genio de España (1932) es la obra donde Giménez Caballero sintetizó sus ideas sobre un «nuevo orden» europeo basado en el fascismo. En primer lugar, *Genio de España* es un ensayo en la línea polémica del regeneracionismo, donde el autor analiza el tema de la decadencia de España a través del enjuiciamiento sucesivo de las posturas adoptadas al respecto por autores como Ganivet, Costa, Unamuno, Baroja, Azorín, Maeztu, Valle-Inclán, Juan Ramón Jiménez, Machado, Pérez de Ayala, Madariaga, etc. (122). También es un estudio indagatorio de la mitología nacional susceptible de ser divulgada con vías a la culminación de la deseada «resurrección nacional». De este modo, «Gecé» pasa revista a la «trayectoria ascendente del nacionalismo español» desde la Hispania Romana hasta el Imperio de los Austrias y de los trece «noventayochos» sufridos por España en el transcurso de su declive (123). Como corolario de este «excursus» histórico e ideológico enumera —dentro del más puro «arbitrismo» regeneracionista— cinco grandes remedios a la «invertibración» española: la defensa de la grandeza nacional y sobrenatural sancionada en la Contrarreforma tridentina, el desarrollo económico, el fomento de la cultura, la panacea de la libertad y el apoyo en lo indígena y en lo estrictamente nacional en la dirección de los negocios públicos. Lo más novedoso de su ensayo reside en la sugerencia del papel a desempeñar por España en la nueva distribución cultural-espiritual de Europa: los elementos nacionales de nuestro país deberían recoger las aportaciones del «genio» de Oriente (en esencia, el ultrarrevolucionarismo popular bolchevique, pero libre de su doctrina materialista), de Occidente (los valores de la Revolución francesa: libertad, humanismo, democracia) y de Cristo (catolicismo romano) para intentar una función de síntesis a través del fascismo (enten-

(121) E. GIMÉNEZ CABALLERO: *En torno al casticismo de Italia. Carta a un compañero de la joven España*, «La Gaceta Literaria», núm. 52, 15-II-1929, pág. 5.

(122) E. GIMÉNEZ CABALLERO: *Genio de España. Exaltaciones a una resurrección nacional y del mundo*, 8.ª ed., Barcelona, Ed. Planeta, 1983, págs. 79-100.

(123) Dichos «noventayochos» habrían sido: el primer pacto entre España y Holanda de 1648; la pérdida de Artois, Luxemburgo y plazas de Flandes, Rosellón y Cerdeña en 1659; el Pacto de Lisboa y la pérdida de Portugal en febrero de 1668; la pérdida de ciudades francesas en mayo de ese año; la pérdida del Franco Condado, Valenciennes, Yprés, etc., en 1678; la pérdida de Gibraltar, Menorca y Estados de Flandes en 1713; la pérdida de la Florida en 1763; la de Santo Domingo y el Oranesado de 1792 a 1795; la cesión de la Luisiana a Francia en 1800; la pérdida de Trinidad en 1802; la emancipación de la América española entre 1810-1825; la pérdida de Cuba, Filipinas, Marianas, Carolinas y Palaos en 1895, y el decimotercero y último, que comenzaba con el desastre de Annual y se cerraba con el Pacto de San Sebastián y la proclamación de la República (cfr. *ibidem*, págs. 22-37).

dido en último término como cesarismo romano) y alcanzar así su propia regeneración. La propuesta «europeísta» de «Gecé» se enmarcá en parámetros aún a mitad de camino entre la ortodoxia ultraconservadora y el fascismo: la recuperación de la unidad espiritual europea bajo el dogma católico representado por España era un sueño ya acariciado por Donoso, Balmes o Menéndez Pelayo; pero el definitivo renacimiento de la latinidad mediterránea debía ser propiciado por un nuevo movimiento de renovación espiritual e imperial bajo parámetros fascistas. Las ideas expuestas por Giménez Caballero sobre la primacía europea de la latinidad mediterránea no eran esencialmente novedosas. Ya hemos visto cómo desde años atrás autores como Asvero Gravelli trataban de dar forma doctrinal a la intuición mussoliniana del fascismo como idea unificadora europea, e intentaban dar la réplica al europeísmo democrático sentando las bases de una acción antieuropea de corte inequívocamente fascista. Pero el rasgo diferenciador del contradictorio y en ocasiones confuso proyecto regeneracionista expuesto en *Genio de España* era la reivindicación del espíritu nacional como síntesis (no como alternativa excluyente, según el dogma «antieuropeísta» del fascismo italiano) de los componentes de transformación presentes en el comunismo, el democratismo jacobino y el pensamiento católico, y su reformulación en un sentido totalitario muy peculiar con la ayuda de mitos de proyección continental como el Imperio de los Austrias. Una idea de la «hispanidad» como virtud esencial de lo español que, a pesar de que sería sistematizada y reformulada por otros autores (Vizcarra, Maeztu, García Morente) con una proyección fundamentalmente transatlántica, le serviría a Giménez Caballero para reivindicar de cara al fascismo italiano una posición de igualdad en la paternidad espiritual del «nuevo orden» continental.

En 1933 «Gecé» revisaba el programa intuido en la obra anterior con la publicación de *La nueva catolicidad* (124). En este ensayo, influido por el irresistible ascenso del nazismo y la mayor implicación del autor en los proyectos de penetración cultural fascista en España, Giménez Caballero asumía definitivamente la idea de una Europa basada en la unidad jurídica, económica, política y espiritual representada por Roma contra los peligros de la fragmentación nacionalista, el orientalismo comunista y el materialismo norteamericano. El sueño de la unidad europea basado en la paz (tan propio del paneuropeísmo demoliberal) debía dejar paso a un proyecto que partiera de la realidad de la guerra, y que tenía su base en una alianza romano-germá-

(124) E. GIMÉNEZ CABALLERO: *La nueva catolicidad. Teoría general sobre el fascismo en Europa: en España*, Madrid, Eds. de La Gaceta Literaria, 1933. Véase la reseña del libro, «excelente guía sobre el fascismo en Europa y en España», en *FE* núm. 1, Madrid, 7-XII-1933, pág. 4.

nica, a la que debía unirse España. En su peculiar visión de la historia de España desde el siglo XVIII, la trayectoria de la heterodoxia española hasta el 14 de abril de 1931 había consistido en la búsqueda infructuosa de una universalidad independiente de Roma, ya sea en la Ilustración, el liberalismo burgués o el socialismo. Cuando España dejó de ser católica y se hizo romántica perdió el Imperio (125). Como conclusión, Giménez Caballero esbozó un nuevo «Plan de resurrección nacional para España» basado en la fundación de un movimiento nacional que promoviera la unidad interior y su expansión por el mundo; la creación de un nuevo Estado fuerte, jerarquizado, tradicional, fascista y genuinamente español; la unidad política, religiosa, social, cultural y militar; una táctica política basada en la propaganda; un espíritu de milicia y un objetivo imperial, que es la idea católica y universal mostrada por Roma, armonizadora de la Libertad y la Autoridad. Aspiración espiritual complementada por un afán de poderío mediterráneo y por el peso decisivo que en el continente podría tener una alianza con Alemania (126). Más tarde, durante la guerra civil y la Segunda Guerra Mundial, Giménez Caballero propugnó con más ahínco el retorno a la alianza centroeuropea (en concreto, con Austria y luego con el Reich alemán) que posibilitó el dominio continental en la época de los Habsburgo. Y si hemos de creer por un momento en lo relatado en sus *Memorias de un dictador*, llegó al absurdo del pretender reencarnar esta vinculación dinástica a través del matrimonio de Pilar Primo de Rivera con Hitler. Con todo, y a pesar de su fuerte carga esteticista y de sus visiones a menudo provocadoras e irreales, las «revelaciones» presentes en obras como *Genio de España* y *La nueva catolicidad* tuvieron un peso nada desdeñable en las formulaciones ideológicas imperialistas de las Juntas de Ofensiva Nacional-Sindicalista (JONS) o de Falange Española.

Lo cierto es que, si exceptuamos a un Giménez Caballero siempre al tanto de las novedades intelectuales de la «Madre Roma», no existió un verdadero impulso europeísta en el seno de los diversos movimientos fascistas españoles, más preocupados de los problemas nacionales específicos que de una posición internacional caracterizada por la marginación —¿voluntaria o forzosa?— de las grandes controversias e intereses europeos. Con escasas, aunque notables excepciones, los contactos intelectuales adscritos de forma inequívoca al fascismo hispano no percibieron la realidad europea como una propuesta de unidad, sino como un ámbito problemático y polémico donde seguían predominando la realidad y el interés nacionales y las alianzas estratégicas al viejo estilo. Por ejemplo, el grupo de «La Conquista del Estado», reunido alrededor

(125) E. GIMÉNEZ CABALLERO: *op. cit.*, 1933, pág. 169.

(126) *Ibidem*, págs. 172-181.

de Ramiro Ledesma Ramos, adoptó una visión profundamente conflictiva de la realidad europea, vista como un campo de lucha donde no había lugar para la transacción o la negociación. En opinión de este colectivo de jóvenes intelectuales filofascistas, la época no venía dominada por la voluntad de convergencia continental, sino por las relaciones de fuerza, protagonizadas por las naciones unidas internamente en torno a un «ideal totalitario». Como en el caso de grupos «inconformistas» franceses como «Ordre Nouveau» o «Esprit», sentenciaban que la hora de los imperialismos avanzaba y la del europeísmo retrocedía.

La actitud ante Europa de Falange Española tampoco fue mucho más allá de las ideas expuestas con anterioridad por Giménez Caballero y los jóvenes jonsistas: conciencia de frustración histórica, rechazo del orden europeo representado por Ginebra, reivindicaciones territoriales e imperialismo con tres connotaciones básicas: una valoración como afirmación y aglutinante nacional (unidad y reconstrucción interna, procedente de Ortega); un contenido espiritual-cultural que, según la teoría de la Hispanidad procedente de Ramiro de Maeztu y otros representantes del pensamiento tradicionalista, susceptible de ser exportado, pero no preferentemente a Europa, y un componente de expansión territorial estrictamente fascista, pero que será el menos desarrollado (127). En suma, nada nuevo aporta el falangismo a la reflexión respecto a Europa perfilada por los primeros intelectuales filofascistas españoles a inicios de los años treinta. Ninguna referencia a Europa en su conjunto si no es para criticar el pacifismo de los movimientos de unión continental y la hipocresía de la Sociedad de Naciones y los imperialismos vencedores de la Gran Guerra, sobre todo Gran Bretaña y Francia. Por lo demás, el discurso exterior de Falange Española siguió la línea ya esbozada con anterioridad de imperialismo espiritual hacia Hispanoamérica y de aspiraciones territoriales concretas en el Norte de Africa, junto a la vieja y recurrente idea de una «federación» de pueblos ibéricos junto a Portugal. Se consideraba Europa, en fin, como palenque para las aspiraciones nacionales insatisfechas antes que como un espacio de unidad y armonía entre los Estados.

En su conjunto, el tenue «europeísmo» desplegado por el fascismo español da buena muestra de la posición marginal que nuestro país mantenía en el concierto político continental. El contenido de dicho «europeísmo» parecía colocarse a medio camino entre la proclamación de imperialismo cultural desplegada por el fascismo italiano como primer paso a un incremento de su presencia política en la arena internacional y los deseos de previa regeneración

(127) M. A. EGIDO LEÓN: *La concepción de la política exterior española durante la II República (1931-1936)*, Madrid, UNED, 1987, pág. 489.

interna mediante un vago «ecumenismo fascista», manifestados por ciertos intelectuales franceses. La tibia y ambigua integración intelectual e ideológica del régimen franquista en el «nuevo orden» nazi tras la guerra civil puede explicarse por los escasos resultados internos y externos del proyecto político «europeizador» del fascismo español. En la escena doméstica, la tan deseada «resurrección» nacional no se hizo por la vía revolucionaria del «fascismo universal», sino mediante la implantación, tras el conflicto civil, de un régimen militar de marcados tintes conservadores. En el exterior, las escasísimas capacidades de proyección de un imperialismo fascista de corte eminentemente cultural se dirigieron de forma preferente hacia América Latina, ámbito de expansión más «natural» y «asequible» (ideas descalificadas por la poderosa propaganda norteamericana) que una Europa donde formulaciones espiritualistas como el proyecto de reconstrucción de una *Christianitas* medieval bajo la égida española chocaba casi frontalmente con la *Realpolitik* nazi y sus motivaciones de hegemonía económica, racial y estratégica (128).

IV. CONCLUSION

Según J.-B. Duroselle, hay una serie de concepciones de Europa (Cristianidad, Europa de los Estados, Europa de las Nacionalidades, Estados Unidos de Europa) vinculadas a las condiciones culturales de cada época. En el caso de la primera posguerra mundial, casi todos los intelectuales consideraron Europa como una construcción permanente del espíritu antes que como una realidad geográfica, política o económica susceptible de ser armonizada a través de decisiones consensuadas a escala intergubernamental. Europa, como madre de una (o varias) civilizaciones, era una patria espiritual, el sentimiento de pertenencia a una comunidad cultural combinación de helenismo y romanidad, cristianismo medieval y renacimiento (129), que se situaba por encima de las fronteras y las divisiones entre los Estados. Sin embargo, la emergencia del sentimiento nacional y la fragmentación de Europa en potencias rivales hasta su confrontación durante la Gran Guerra destruyeron esta idea ecuménica del europeísmo e impusieron en el período de entreguerras una sensación de crisis permanente, ejemplificada en la diversificación de las ideas sobre Europa y su identidad colectiva. En efecto, la mayoría de los intelectuales europeos

(128) Véase, al respecto, R. GARCÍA PÉREZ: *La idea de la «Nueva Europa» en el pensamiento nacionalista español de la inmediata posguerra, 1939-1944*. «Revista del Centro de Estudios Constitucionales», núm. 5, Madrid, enero-marzo 1990, págs. 203-240.

(129) A. CHEBEL D'APPOLLONIA: *Histoire politique des intellectuels en France (1944-1954)*, Bruselas, Eds. Complexe, 1991, vol. II, pág. 195.

de los años veinte y treinta partieron de la constatación de la «decadencia de Occidente» y el «crepúsculo de la civilización» para tratar de superar la crisis mediante las más diversas especulaciones de orden intelectual que darían cuerpo a variados proyectos político-ideológicos de regeneración espiritual por la vía de la unión europea.

En concreto, las bases intelectuales para la acción europea de los fascismos mediterráneos presentaban, en nuestra opinión, varias características. En primer lugar, el convencimiento de que la crisis europea sólo podía resolverse mediante una enérgica transformación espiritual dirigida a cada ámbito nacional por nuevas organizaciones políticas de carácter revolucionario-patriótico, tan alejadas del demoliberalismo considerado declinante como del comunismo tachado de extraeuropeo. Los llamamientos a la «regeneración espiritual» del continente y a la unidad de Europa buscaron siempre uno o varios fundamentos historicistas (latinidad, romanidad, catolicismo, espíritu grecopagano) para definir una universalidad cultural que justificase su primacía política. Por otra parte, la acción internacional agresiva se presentaba como el fundamento básico para la forja de una nueva comunidad nacional de rasgos totalitarios. Dicha política exterior quedaba legitimada también por su aspiración a constituir un nuevo orden continental donde la civilización europea (identificada como civilización occidental con origen en el *Mare Nostrum*) recuperase su carácter unitario, su fuerza interna y su capacidad de proyección imperialista.

La idea de Europa que trataron de difundir los fascismos *in genere* se basó en la desigualdad de las naciones que la componían y no fue sino la coartada historicista o vitalista para el mantenimiento de una determinada aspiración a la hegemonía continental, según la filosofía nietzscheana de la «voluntad de poder» y la visión neodarwinista de las relaciones internacionales en boga desde finales del siglo XIX. Pero, al contrario que en la Europa bismarckiana, ya no se trataba del inestable «concierto de potencias», equilibrado por una compleja red de alianzas. El pretexto de la unidad europea fue esgrimido en el interior de estas sociedades para reunir las fuerzas «genuinamente nacionales» en torno a un proyecto expansivo de más altos vuelos (Imperio, Reich, Hispanidad) o para cubrir una derrota humillante (caso de Francia) con el dudoso ropaje de la participación en un plan de regeneración nacional en sintonía con otro similar a escala europea. En el exterior, el «europeísmo» fascista se utilizó como coartada propagandística para la acción imperialista (la imagen de una comunidad internacional unificada y movilizada permanentemente contra el bolchevismo justifica, por ejemplo, el ataque a la Unión Soviética, pero en realidad encubría las ambiciones territoriales alemanas) o para la justificación del control y usufructo de los países ocupados durante la Segunda Guerra Mundial.

En suma, los llamamientos «europeístas» de los fascismos tuvieron un valor puramente instrumental (que resultaría aún más evidente en el nazismo), vinculado con circunstancias de regeneración interior (en esencia, la lucha contra los principios democráticos y comunistas) y de mayor presencia y actividad en el concierto internacional. El europeísmo de los fascismos mediterráneos no es, pues, un valor en sí que trate de ser divulgado lealmente, sino una coartada que trata de legitimar como valor universal los principios que tratan de imponerse en la realidad nacional específica. Sin haber desarrollado ningún proyecto convincente ni serio de convergencia nacional europea, las justificaciones «europeístas» de los fascismos mediterráneos desaparecieron o hubieron de plegarse a una reformulación de grado o por fuerza ante la obligada colaboración en la Europa dominada por el «Nuevo Orden» nacionalsocialista. Ni las mismas potencias fascistas se pusieron de acuerdo en las condiciones mínimas para la constitución de unas nuevas relaciones continentales. De esta forma nunca pudo darse vida a una especie de «internacional» que comprendiese a todos los Estados o regímenes colaboracionistas, caracterizados también por una heterogeneidad política que iba desde el autoritarismo tradicional al filonazismo. En última instancia, la convergencia continental era una pura entelequia porque la Europa de Hitler era un proyecto de simple hegemonía y explotación que servía imperfectamente para encubrir los designios expansivos de carácter nacional y racial. De ahí su incapacidad para realizar nada constructivo en el ámbito europeísta y su rápido desmoronamiento cuando el signo bélico comenzó a resultar adverso para el Eje, pues esa misma agresividad le vedaba toda capacidad para propiciar los canales de consenso y diálogo que fundamentan toda comunidad internacional. La idea de Europa, manipulada y distorsionada, fue, en suma, un medio y no un fin para los fascismos.

Suprema paradoja de esa época crepuscular, la «cruzada» contra el «nuevo orden» hitleriano preparó el camino para el renacimiento de la idea europea por encima de las naciones enfrentadas en la guerra. Jean-Marie Domenach vio el combate de resistencia contra el nazismo como una lucha la vez patriótica e «internacionalista bajo una forma muy europea» (130). Sin embargo, la derrota militar, política e ideológica del fascismo no supuso el fin de su concepción patrimonialista de Europa. El discurso sobre la «nueva Europa» divulgado por la «euroderecha» sigue teniendo al nacionalismo como valor absoluto. Pero la identidad nacional se traspone a la escala de los pueblos del continente como un medio de ruptura del *statu quo* de posguerra caracte-

(130) CENTRE EUROPÉEN DE LA CULTURE: *L'Europe et les intellectuels*, París, Gallimard, 1984, pág. 66.

rizado por la nivelación nacional, la americanización cultural, el control económico de los *trusts* y la emigración masiva procedente de otras latitudes. Netamente diferente del occidentalismo cristiano, el «europeísmo» de la extrema derecha actual se va a basar en el paganismo que impregnaba los principios culturales del «nuevo orden» nazi. La salvaguardia de los particularismos nacionales y la reivindicación, nada inocente, de la «Europa de la patrias» (sugerida paradójicamente por primera vez por De Gaulle) aparece como la primera línea retórica del rechazo chauvinista de lo extranjero (131). De nuevo Europa es la coartada para las manifestaciones de ultranacionalismo, neoimperialismo, racismo y xenofobia.

(131) A.-M. DURANTON-CRABOL: *L'Europe de l'extrême droite de 1945 à nos jours*, Bruselas, Eds. Complexe, 1991, pág. 34.